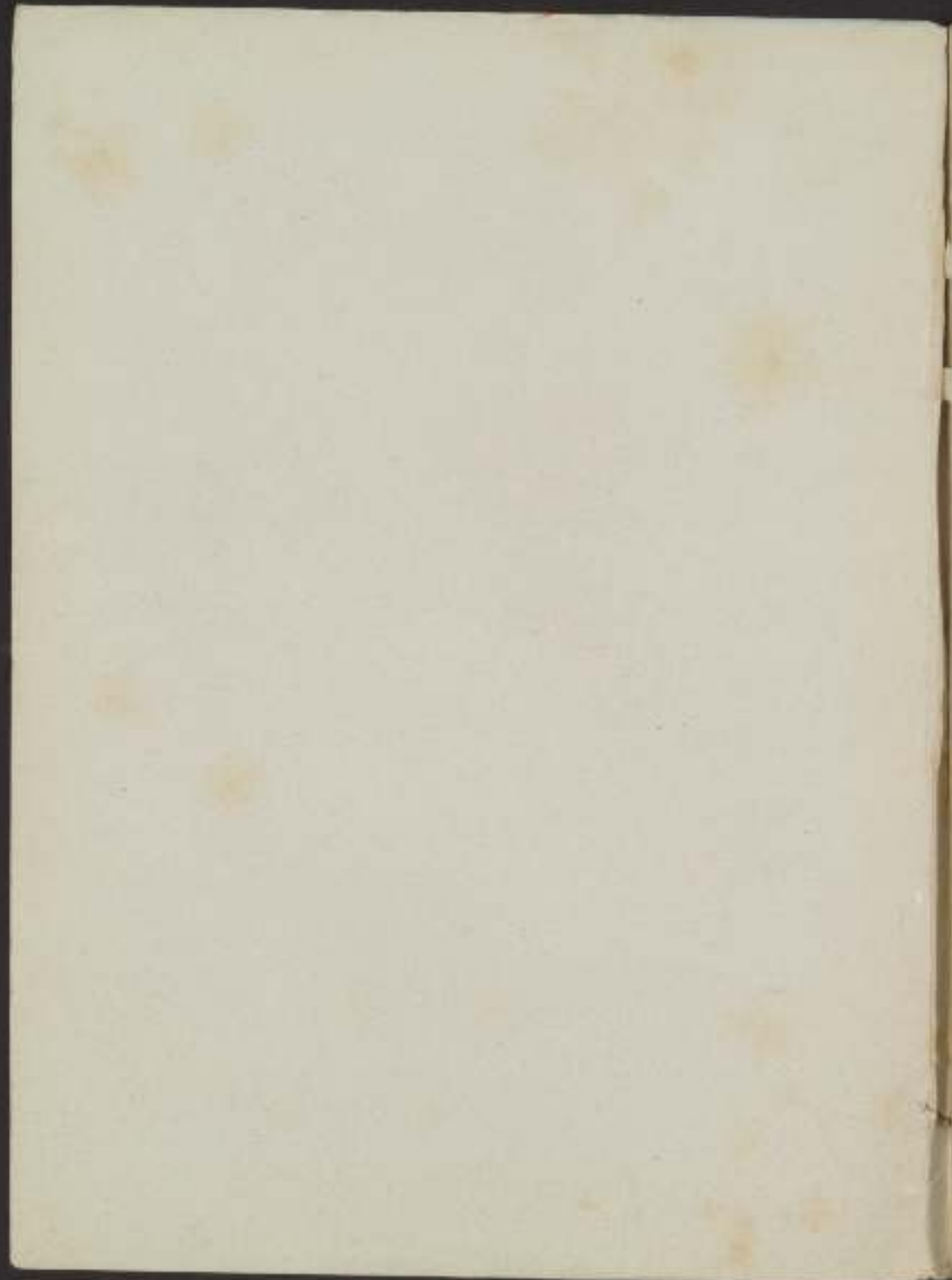


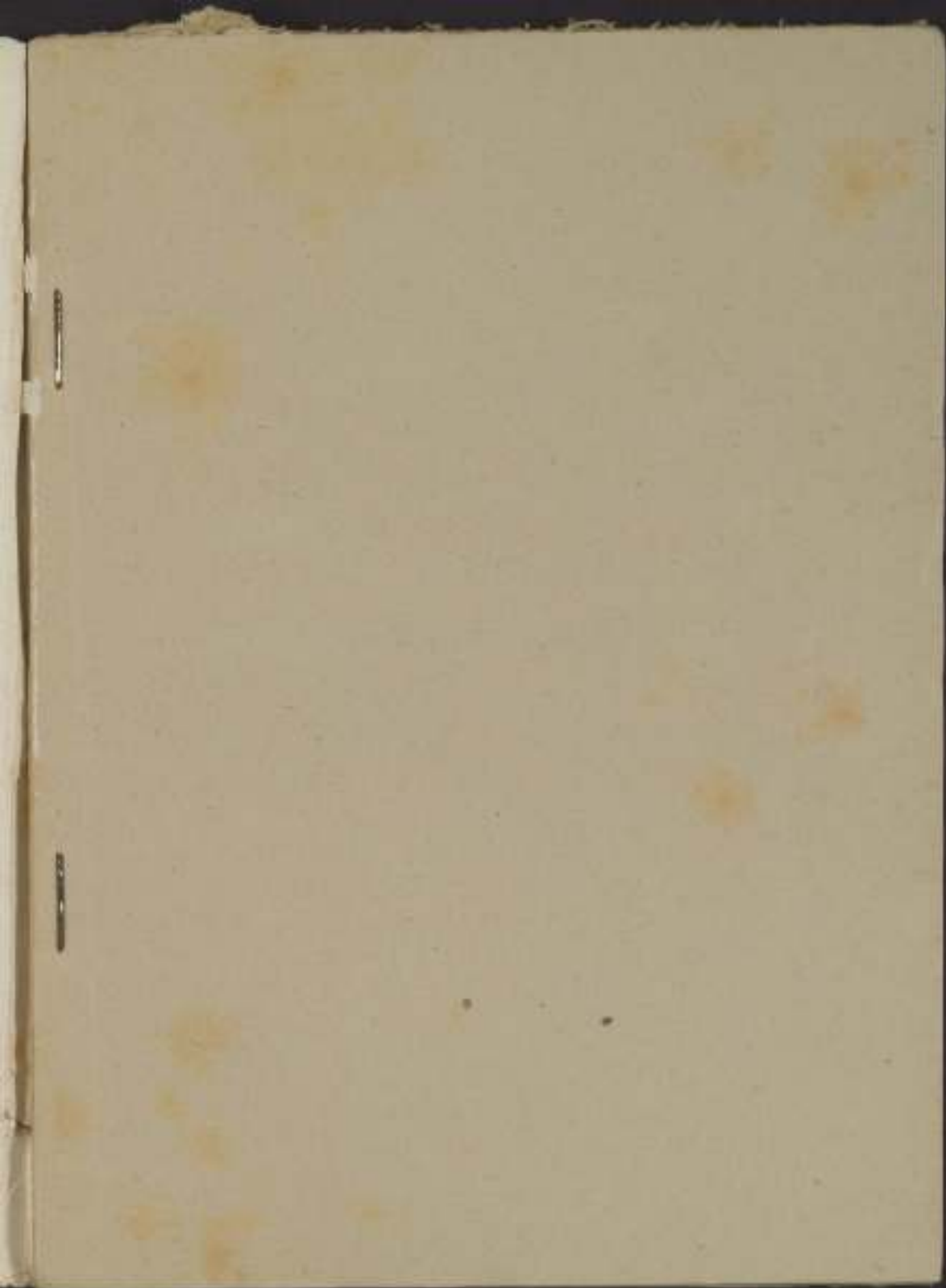


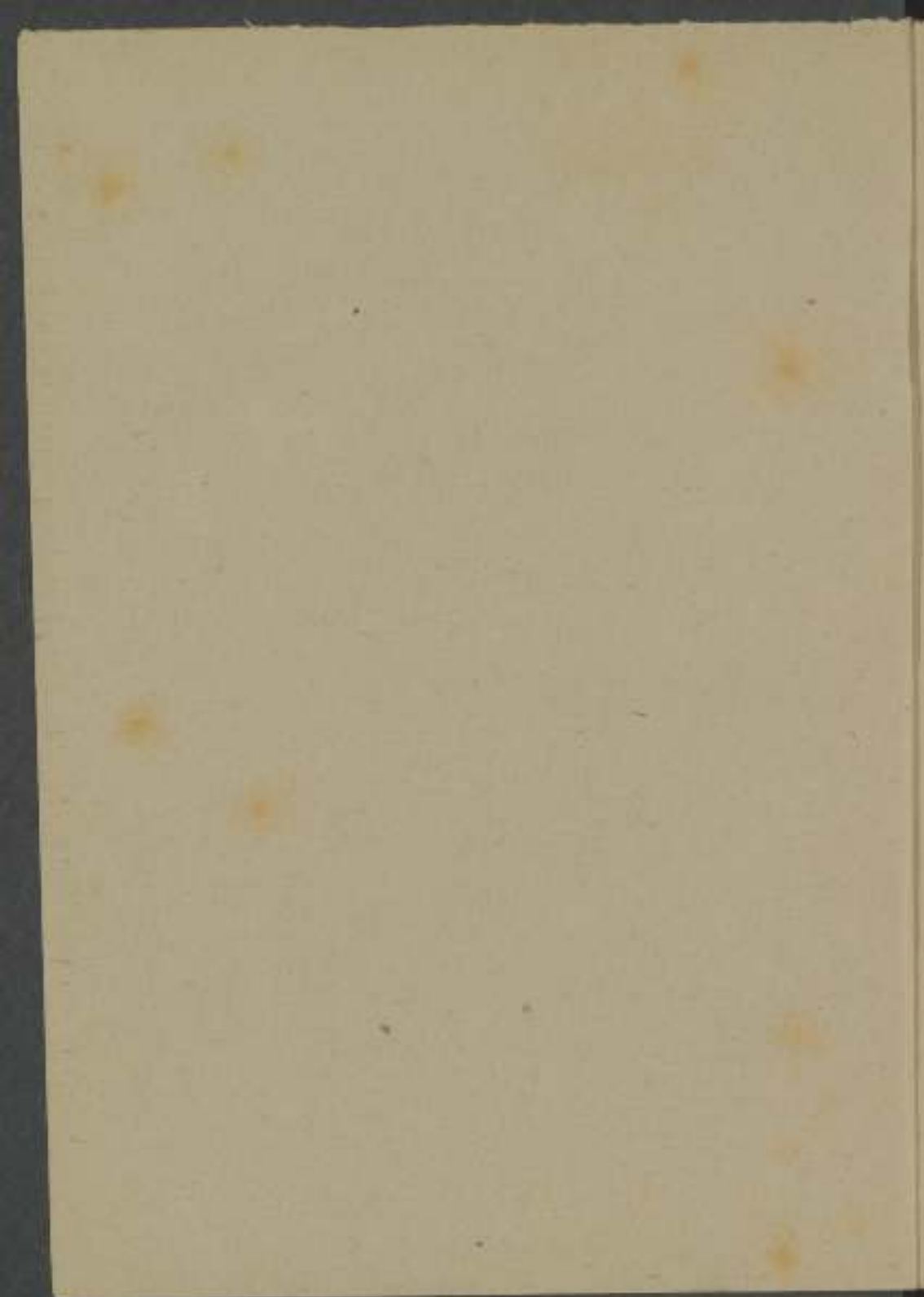
Mamacarená



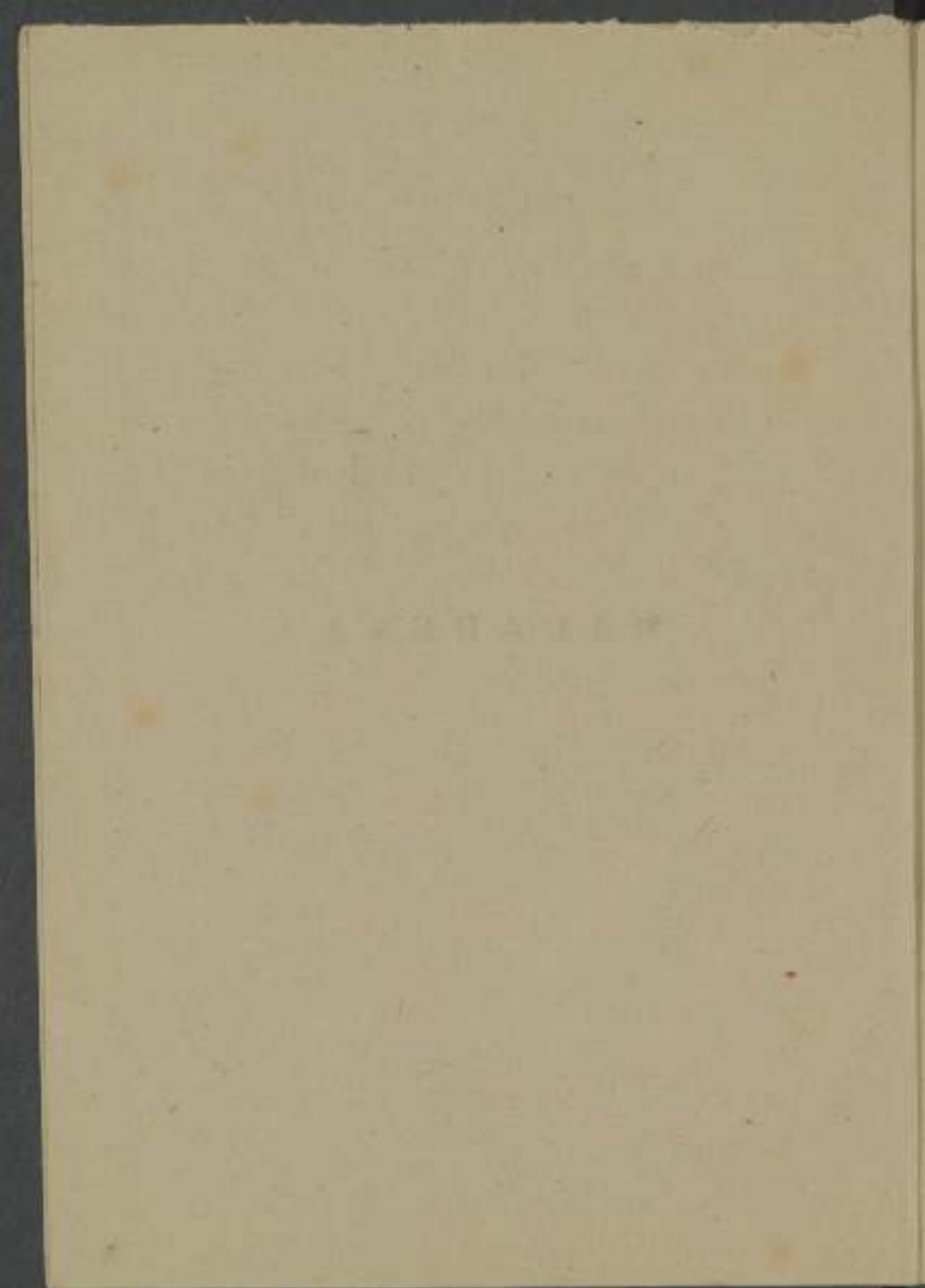
*Juanita Reina
Miguel Figero*







MACARENA



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

MACARENA

Argumento y diálogos de **ANTONIO GUZMÁN MERINO**

Canciones

GUZMÁN MERINO, ARIAS DE LA ORDEN y CARACUEL

Música

Maestro **MANUEL GORDILLO**

Acompañamiento a guitarra

MIGUEL BORRULL

Cámara

MANUEL BERENGUER

Dirección

LUIS LIGERO y ANTONIO GUZMAN MERINO

Producción

RAFA FILMS

Distribución Andalucía:
RAFA FILMS

Resto de España:
FILMÓFONO S. A.

PRINCIPALES INTERPRETES

Juanita Reina

Miguel Ligero

Mercedes Borrull (La gitana blanca)

Ricardo Acero

Ana Leyva

Faustino Bretaño

Félix Fernández

Pepe Sevilla

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll : Valencia, 197 : Barcelona

MACARENA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO I

El patio de Macarena

El patio de una de las más típicas casas de vecindad de Sevilla empezó a animarse, cuando el sol entró en él y acarició amorosamente las flores que cuajaban sus galerías y las numerosas puertas que daban a éstas, haciendo bullir como un enjambre las abigarradas personas que lo habitaban.

Pronto Carmona, hombre cincuentón, de aspecto simpático y un tanto descuidado, estuvo trabajando en su obra maestra, el busto de una mujer, al cual se podía llamar la tosca efígie de barro, mientras charlaba con Tito, zapatero remendón, cuyo taller estaba cercano a su «estudio», situado en el mismo patio. No lejos de ellos, Araceli y Rosita cuidaban un puesto de flores.

Carmona dió un paso atrás y exclamó con la complacencia de un artista que ve concretarse el fruto de sus desvelos:

—Mírala. Hase dos minutos que era

un puñado de barro, y ahora... ¿La conoces?

Indudablemente, Tito no era un lince en aquellas cuestiones, pues dijo con indiferencia:

—¿Quién es?

—Remedios — arlará pandonerona el escultor.

—¿La comadre? ¿Y qué te ha hecho ella para que la trates así?

Carmona se engolfó en una serie de alabanzas, acogidas con marcado escepticismo por el zapatero. Algunas mujeres dieron muestras de vida y de entusiasmo doméstico entrando y saliendo atareadas de sus hogares. Trini, cuya hermosura no desdecía del cuidado que concedía a su persona, cruzó ante los dos hombres y cambió unas burlonas palabras con ellos, dirigiéndose hacia las floristas, que la recibieron con señalada zorna:

—¿Te marchas sin esperar a don Salvadorito, el casero?

—Tengo prisa.

—Pero ni está el café.—protestó Rarita.

—Y aparece con la última campanada—agregó Araceli.

Sus risas llegaron a Carmona, el cual levantó la cabeza y majestuosamente dijo, no en balde estaba enterado del fin de los tiras de las floristas:

—Menos guasa, niñas.

—Eso a Macarena.—advirtió Trini con desdén.

—Mi hija no sabe nada—contestó Carmona.—Sólo ustedes las que entredás el asunto más de la cuenta.

—Calle, señor Carmona—repuso Trini.—Si ese hombre, para tener ocasión de venir a diario, ha dividido el recibo del alquiler en treinta cupones.

El escultor miró a sus vecinos con el talante de un hombre que se contiene a duras penas, pero las demás no se dieron por enterados de sus amenazas y prosiguieron la broma:

—Compadre, te veo dueño de la finca—aseguró Tito, levantando un huracán de risas.

—Digo que menos guasa y más caridad.

—Es que don Salvadorito va a acabar cobrando el alquiler como los coches de punto: por horas. ¡Dichosa Macarena!

Después de esta proeza, que indicaba de sobras la envidia que la recordaba, la Trini se encaminó hacia la puerta de salida del patio, andando altivamente, y casi tropezó con un hombre tímido e insignificante, cuya apariencia contrastaba con el desgarro general. La joven se detuvo un momento y, de una ojea-

da, le miró de pies a cabeza, antes de preguntar:

—Oiga, don Gilito, usted que es maestro de escuela...

Pero el hombrecillo la interrumpió para hacer un distinguo:

—Particular, ¿eh?, particular...

La joven se echó a reír ante la timidez del pobre hombre, y añadió:

—Sí que es usted particular.

—Sin comentarios, joven.

—¡Osd, cómo está el patio esta mañana! Y a lo que llamamos: ¡La palabra *empresario* es verdad?—y se apresuró a agregar:—Que si existe, vaya.

—¿No ha de existir? Búscalo en el diccionario.

—Es que yo lo busco en Sevilla, que es más grande, y no lo encuentro.

Y mientras que Trini desaparecía en dirección de la calle, el maestro (así a saludar a Carmona, con el cual discutía unos momentos sobre su profesión y después, para escapar del humor burlón del escultor, se volvió hacia Tito.

—¿Su esposa, sin novedad?

—Sin novedad todavía, pero aguardando de un momento a otro la siguiente.

—Pues que llegue con felicidad—deseó don Gilito.

—Y sin repetición, como el año pasado—apuntó Carmona.

—No me asustes—suplicó Tito.—Y guarda esa nña, que viene la perjudicá—agregó, refiriéndose al busto.

Sin discusiones, su compadre le obedeció, ocultando como mejor supo la rudimentaria imagen que elaboraba, pues había descubierto la causa de la cautela de Tito. Era, ni más ni menos, que Remedios, la comadre más belicosa del barrio, con el cesto de la compra al brazo, que entró en el patio pisando con

la arrogancia de una mujer otoñal, pero que aun se sabe hermosa.

El consejo del zapatero merecía tomarse en consideración. La mujerona era de las que saben nadar y guardar la ropa, e, incluso, nadar con ella puesta y salir tan seca como al meterse en el agua. Su vehemencia y su voluntad eran ley en el patio, como pronto demostró al avanzar decidida hacia los tres hombres y deteniéndose delante de Carmona.

—Pues no he sentido el terremoto.

—¿Qué terremoto?

—El que ha debido haber para que se caiga usted de la cama tan temprano.

Carmona murmuró algo de un sueño muy dulce, al que intentaba dar forma. Se refería al busto. Y Tito, que harto sabía del pie que cojeaba su amigo, lanzó unas cuantas exclamaciones burlescas, cuya poca misericordia era demasiado patente. Pero Remedios no le prestó atención y dijo a don Gilito, que bostezaba, disimulando el hambre de su mal retribuido oficio:

—¿Ha desayunado usted, don Gilito?

La vergüenza del dómene apareció en sus ojos y murmuró:

—Sí, señora, hace un rato.

—¿Lo menos un mes! Ande, ande para arriba y déjese de vergüenza, que un sé cómo no se ha evaporado usted de un bostezo.

La mirada con que les siguieron sus dos interlocutores fué cortada por algo semejante a la trompeta del Juicio Final. Un reloj de torre dejó caer, en el rumor creciente de la mañana, las lentas y solemnes campanadas de las nueve.

Como por ensalmo, al escuchar el vibrante sonido, se abrieron todas las puertas del patio y de cada una de ellas brotó una cabeza, que miró con curiosidad,

no exenta de malicia, hacia la calle; al mismo tiempo, la expectación estaba mezclada con algo semejante al sentimiento que obligó a Tito a levantarse e intentar la huida.

Pero ya era tarde. Carmona le detuvo por un brazo, indicando con un gesto elocuente la puerta del patio, por la que, coincidiendo casi con la última campanada, aparecía la persona del casero, don Salvadorito. En realidad, salvo la abultada cartera que llevaba bajo el brazo, nada justificaba el terror que flotaba en el aire, pues tanto su rostro simpático, de hombre aun joven, y el elegante garbo de su bien trajeada persona, como la sonrisa amable con que se acercó a ellos, eran anuncio de las mejores intenciones.

Carmona y Tito se hicieron los desentendidos, ocupándose en sus respectivas tareas con inusitado ardor, pero el casero les saludó con amabilidad.

—Don Salvadorito de mi alma, ¿pero es usted? —gritó Carmona, fingiendo una gran sorpresa.

—¿No ves la cartera? —aclaró Tito.

—No se alarme. Sólo el resibito del día. ¿Hase? —dijo, abriendo la cartera y sacando dos recibos—. ¿Es que no piensan ustedes pagar ni en cupones?

—Pensarlo, sí; haserlo, es otra cosa —explicó Carmona—. Usted me habla prometido un balcón a la calle con vistas a la Giralda.

—¿Pero si vive en un interior!

—Pues por eso, para que no sea interior lo dise —intervino Tito.

Exhaló el bueno de don Salvadorito un suspiro de simulada resignación y guardó los inútiles cupones en la cartera, con más aire de satisfacción que de contrariedad.

—Buena, bueno, todo se arreglará. No hay que preocuparse. Volveré mañana—y preguntó a Carmona—: ¿Macarena, bien?

—Perdiendo el colá, don Salvadorito—suspiró el padre—. Para mí, que hay amores en la costa.

El casero, tocado en su punto flaco, se irguió con ufania y protestó, alejándose de los dos compadres en dirección del puesto de flores, en donde Rosita y Araceli componían sus rostros y la mejor de sus sonrisas para recibirle:

—Cristianos, amigo Carmona, cristianos, y no digo más.

Desgraciadamente para la bolsa del casero, todos sus inquilinos conocían su talón de Aquiles. El simpático individuo estaba enamorado de la hija de Carmona, la hermosa Macarena, orgullo del barrio y pasmo de los habitantes de Sevilla. Y utilizando, por consiguiente, este conocimiento con la peculiar maestría de sus marrulleros ingenios, fueron retrasando el odiado pago para días futuros y, de paso, obtuvieron del romántico don Salvadorito la ayuda necesaria para seguir adelante en su despreocupada existencia.

En cuanto les ofrecía el cupón del alquiler, le llenaban los oídos diciéndole

que Macarena bebía los vientos por el hombre más rumboso de la ciudad, el cual era, naturalmente, él; le juraban que la muchacha se consumía esperando, que a una palabrita suya se rendiría. Y el casero, enajenado por la esperanza, respondía:

—¡Volveré mañana!

Este era el estribillo diario. Cuando el último recibo fué metido sin pagar en la cartera y don Salvadorito se felicitaba de la obstinación e insolencia de sus vecinos, caminando hacia la puerta de la calle, empezó a cantar una magnífica voz de mujer, que hizo dar un salto a su corazón, clavó sus pies en el suelo y le obligó a escuchar con los cinco sentidos, murmurando con arrebato:

—¡Macarena!

En efecto, más allá de la ventana abierta y del tiesto de claveles hacia donde había mirado el casero, había un comedor pequeño y limpio, en que Macarena servía el desayuno a sus cuatro hermanitos, quienes, sin dejar de escuchar la canción de su hermana mayor, se disputaban la ración de uno y de otros con el ahinco de estómagos que se alimentan de cosas reales y no de música. Y decía la canción de Macarena, titulada «Himno de los Macarenos»:

*Barrio macareno,
moreno,
barrio de San Gil,
con una azucena
que es la Macarena
en tu camarín.
Barrio macareno,
te llevo en el seno
de mi corazón;*

gracia sevillana,
morena y gitana,
oye mi canción.
Oye mi canción,
hecha bulerías,
que dicen amores,
penas y alegrías,
junto a la corriente
del Guadalquivir,
donde eternamente
brata un ansia ardiente
de amar y vivir.
¡Ay!, de amar y vivir.
Barrio macareno,
gloria de Sevilla,
marito juncaí,
por ti la Giralda,
flor de maravilla,
luzes una mantilla
de sol y de sal, etc. (bis).

Todo el patio coreó la canción de Macarena, desde Manolo, mozo bien plantado, hasta el más revoltoso de los chiquillos, pasando por las mujeres y las muchachas. Y cuando terminó el desayuno, dejando de cantar Macarena, quedó suspensa en el cielo azul de la mañana una bella armonía que expresaba la vida sencilla y optimista de aquella gente humilde.

Manolo, que había entrado cantando en el comedor de Remedios, su patrona, se quedó pensativo al finalizar el canto y no prestó atención a don Gilito y Aracena hasta que Remedios les sirvió el desayuno. El tal Aracena era un fantástico visionario que se aferraba como una lapa a su idea de embotellar los

rayos del sol, invento que había innecesaria la comida. Únicamente existía una dificultad: que el sol no se decidiera a meterse en una botella. No sabía hablar de otra cosa, y ninguno de sus dos interlocutores le hizo caso.

Manolo y don Gilito, una vez terminado su desayuno, se levantaron de sus asientos con intención de marcharse. Pero el inventor se sentía extremadamente amable aquella mañana.

—Cuente usted con una caja de botellines para su boda con Macarena — dijo inesperadamente a Manolo.

Este se encará con él, mientras don Gilito salía de la habitación, diciendo con un escepticismo rayano en la tristeza:

—Me parece que a mi boda le falta lo que a su invento: que la novia se deje convencer.

Macarena, en su corredor, mandaba a sus hermanillos a la escuela, que don Gilito había montado en el patio, recomendándoles juicio y un poco más de respeto para su indumentaria, cuando el dómimo se le aproximó dispuesto a excusarse por su retraso. Pero unos alaridos que surgieron del patio, le atraerón hacia la barandilla, desde donde pudo ver a sus discípulos, una legión de diablillos, haciendo travesuras.

—¿Lo ves? Saltando como cabras, sin respeto a la clase.

Rexongando remolcó a los hermanos de Macarena y se cruzó con don Salvadorita, el cual, con el pecho henchido de amor y de impaciencia, había hecho acopio de energías para poder afrontar sereno el desagrado con que la hermosa joven recibía su visita cotidiana.

—Perdón, Macarena; quería hacerte una pregunta. ¿Te has mirado al espejo esta mañana?

—¡Jesús! ¿Qué dice usted! ¿Tengo algo de particular? — exclamó asustada, llevándose las manos a la cara.

—¿De particular? Un fenómeno. Pero ¿no sientes el dolor? Tus ojos te están comiendo la cara.

—¡Ah, vamos, es un pirope! Me había usted asustado.

—Para justo el que te llevarías si yo fuese agua en tu vaso y te dijera: «Bébeme de un sorbo».

—Está la mañana de flores.

—Y tú la primera—se acercó al casero, inclinándose hacia ella.

Súbitamente, una voz, que sonaba amenazadora, interrumpió el galanteo de don Salvadorita y le enderezó sobre-

saltado. Era la voz de Manolo y con esto queda todo dicho.

—La primera va a ser la mía.

—¿Cómo?— se quejó el casero, sin comprender.

—Que la primerahofetada va a ser la mía, si sigus usted importunando a Macarena.

El acento de Manolo era lo suficientemente rotundo para que el galanteador, sin atender a las protestas de la joven, se batiera en velos retirada, aunque su angelical sonrisa no desapareciera de su rostro. Y los gritos del muchacho le perseguieron como una pesadilla hasta que hubo desaparecido del todo, en medio de las risas de Macarena.

—Ríe, mujer, si tanta gracia te hace el pretendiente.

—¿Vas a aumentar mis males con tus celos?—suplicó Macarena.

—Males, porque tú quieres.

—O porque tú no sabes querer.

—Eso te digo yo: cuando hay cariño, se demuestra cerrando los ojos y siguiendo curadón adelante.

—¿Quieres que abandone a mis hermanillos? Tú serías el primero en despreciarme. Y agregó: Ten paciencia, hombre.

Sin embargo, la pasión del joven era de las que no admiten espera y la sola mención de dar tiempo al tiempo, para que se resolviese por sí misma una cosa imposible, como era el carácter del padre de Macarena, despertó el huracán de la ira en su pecho:

—¡Ten paciencia y espera sentado!—

¿A qué espero, dime? ¿A que tus hermanillos entres en quintas? ¿O a que a tu padre le dé por trabajar en algo útil?—Cortó sus protestas y exclamó:—Es muy cómodo vivir de fantasías, como él, mientras tú haces milagros por

sacar adelante la casa! ¿Qué sería de ellos sin ti? Por eso, cuando me ve, pátese que ve al diablo. Comprenda que esa prevención haya influido en ti... Haces bien; debes obedecerle —concluyó irónico.

—Siegamente, porque es mi padre, y, aunque lo niegues por pasión, el mejor de los hombres. Pero es que si me diera la libertad para seguirte, no lo haría tampoco. Al pensar que, para casarme contigo, habría de abandonar a esas criaturas, que me llamanían tendiendo las manos y diciéndome: ¿Te vas, Macarena?, se me traban los pies y comprendo que nunca daré un paso semejante.

Más que todas estas afirmaciones ardientes y el sacrificio que suponían, tranquilizó al novio su gesto de pasarse las manos por la frente, como queriendo borrar la triste visión que la afligía. Y cuando él habló, la hizo nuevamente.

—¿Y quién te dice que abandones a tus hermanos? Te lo he prometido mil veces, Macarena: se vendrán a vivir con nosotros.

Un relámpago de gloria y de gratitud brilló en los ojos de ella, pero se esfumó al escuchar la voz de la razón.

—Ese sacrificio, ni tú te lo mereces, ni yo lo acepto.

Pero la simple llegada de Carmona, que iba a reclamar el desayuno, cortó la disputa subsiguiente y sirvió para indicar a Macarena la imposibilidad de realizar los planes expuestos por Manolo, y le suplicó que se marchase. Obedeció Manolo y, con la amargura y la ira adueñadas de su corazón, se encaminó al patio, en donde don Salvadorito escuchaba el canto de los chiquillos de la casa dando la lección de Geografía,

con la esperanza de ver nuevamente a la señora de sus pensamientos. Pero al ver llegar a Manolo, se hirió el desentendido y trató de escabullirse; sin embargo, éste le cortó la retirada, ordenándole:

—¿Sígame usted!

Salieron del patio y se pararon en la puerta de la calle. Buscó don Salvadorito un escape en su ágil mugín; antes, no obstante, de que lo encontrara, Manolo le miró de hito en hito y le anunció:

—Voy a proponerle un trato, ¿Quiere usted una paliza última novedad o dejó tranquila a Macarena?

—Humilde, no me gusta abusar. Quedate tú con la paliza y yo me llevo a Macarena.

Manolo le cugió por las solapas, dispuesto a poner en práctica su amenaza, y el casero empezó a lamentar su imprudencia, cuando, al mirar en torno suyo demandando del cielo socorro, distinguió a una pareja de guardias, que desembocaba en la calle.

—¡Chis! ¡Guardias a la vista!

Manolo saltó a don Salvadorito y los dos se miraron sonriendo, como los dos mejores amigos del mundo, el rato que tardaron en pasar ante ellos los defensores de la ley. Una vez lo hubieron hecho y se preparó Manolo para atacarle por segunda vez, corrió el casero por en medio de la calle y se alejó entre los dos guardias, gritando:

—¡Adiós, Manuel! Ya seguiremos ese trato...

Cuando entró Macarena en su pefuquería, bautizada así en un momento de ciego optimismo, ni humor tenía para contemplar con cariño a los pobres objetos que la formaban: el espejito mal-

tratado, las frascos mediadores, las fotografías cortadas de alguna revista. Su mente estaba fija en la conversación sostenida con su padre y en los consejos de éste para que aceptara al casero. Pronto tuvo que despreocuparse y empezar a trabajar. Dos de sus parroquianas, Carmela y Angustias, pidieron sus servicios, y la primera sintió que su cabeza era embutida en un casco descomunal, semejante al de un burro, mientras que la otra tuvo recogida su cabello en un abrir y cerrar de ojos por cien moñitos. Cuando hubo terminado parcialmente su trabajo, se acercó a Carmela y dió un golpecito de advertencia en el casco:

—Si te quemas, avisa.

—Y si hueles a chamusquina, destápmelo—respondió con voz cavernosa.

—No tengas miedo, mujer—tranquilizaba.

Ciertamente tenía motivos para experimentarlo, pues no era la primera vez que sus ondas pagaban su confianza en la improvisada peluquera. Macarena manipuló en una de las llaves del horripilante y prehistórico aparato, que empezó a disparar de un tubo un chorro de vapor en compañía de un agudo silbido.

—¿Ves? Tiene escape de seguridad.

Las otras dos jóvenes se echaron a reír de la ocurrencia y del miedo que esto suponía en el fondo, y Angustias, con malévolos satisfacción, exclamó:

—¡Buen viaje, y que no descarriles!

Durante buen rato no turbó el silencio de toda la casa, sino el murmullo de don Gilito explicando Anatomía práctica sobre el cuerpo de uno de sus discípulos. De repente, lacerantes gritos de socorro y chillidos agudísimos conmocio-

naron el patio en masa. La algarabía sonó en la peluquería.

Carmela se debatía con toda su alma para salir del casco, que emitía chorros de humo y silbidos, en tanto que Macarena intentaba apaciguarla y cortar la corriente, cosa que hizo tras de algunas dificultades, entre los gritos de socorro de Angustias y las advertencias de la sinistrada, que suplicó:

—¡Quita marcha! ¡Quita marcha, que descarrila!

Entraron algunas vecinas, alarmadas, por la puerta del corredor. Macarena liberó del casco a Carmela, cuyo pelo aplastado y el cupiso sudor que la mojada hicieron lanzar un gemido a su cariñosa madre y, a renglón seguido, un diluvio de reproches, que arreció al comparecer Carmona. Y no paró en ello el escándalo, pues las vecinas se indignaron más aún, hasta que la providencial entrada de Remedios zanjó el asunto. La bondadosa mujer señaló la puerta y gritó, acariciando a Macarena:

—¿Estás llorando, inocente? ¡Pero si todas te queremos, si cualquiera daría media vida por tener una hija como tú! ¡Verdía, comadres! — el apóstrofe las hizo ruborizar —. ¡Ea, se acabó la subasta!

Dominadas por su energía, desaparecieron, y la salvadora echó tras ellas. Carmona inició asimismo la salida, la alcanzó en el corredor y con expresión de arrebo, cogió sus manos y las besó.

—¿Pero qué hace usted?—exclamó, retirando las manos.

—Es de agradecimiento, en nombre de mi hija.

—Pues, ojito, no le vaya yo a responder en nombre propia.

Carmona dió un paso atrás y, colo-

colándose la diestra sobre el corazón, pulsó el registro más sentimental de su repertorio:

— ¡Me destroza usted el corazón, Remedios!

— ¿El corazón? No presume. La que tiene en su lugar es un molinillo de café. ¿Cree que no le conozco?

Tito pasó junto a ellos con los ojos desorbitados y un apresuramiento desconocido en los anales de su ya larga existencia. Carmona logró retenerle y le preguntó el fin de su carrera.

— ¡La sigüenza! ¡La sigüenza! — respondió el hombrecillo.

Tras de la puerta cerrada del hogar de Tito, ante la cual esperaba éste con sus convecinos, se oyeron los vagidos de unos recién nacidos; después apareció una enfermera, que dijo gaseosa:

— ¡Tres!

Tito luchó por librarse de los brazos que le sujetaban, sin conseguirlo, con las facciones desencajadas y aire de no estar muy en sus cabales.

— Pero ¿qué vas a hacer?

— Telegrafiar a París que suspendan los envíos—dijo, aniquilado.

CAPÍTULO II

Las hiliñas del amor

Cuando don Salvadorito, después de una noche de soñar con los acusadores cupones, de trabajar en ellos apreturadamente para entrar a las nueve en el patio, cuando llegó a él, se mostró desconcertado al no ver a nadie; luego hizo un gesto de comprensión y gritó sucesivamente, hasta obtener éxito:

—¡El cartero!... ¡El giro postal!... ¡Asíste a prisa de tasa!

A esto último se abrieron las puertas instantáneamente, con gran regocijo del casero y descontento de los vecinos, al advertir que habían caído en una trampa. Ufano de su victoria, se dispuso a cruzar el patio, pero Trini pasó rozándole, al mismo tiempo que lanzaba un profundo suspiro que le obligó a volverse.

—¿Le duele algo, niña?

—¿Pero me ha visto usted? Yo creí que iba siego... a su ruina—preguntó irónicamente y deteniéndose.

A don Salvadorito se le puso la piel de gallina y se estremeció:

—¿Mi ruina? ¿Lo dices por Manolo?

—Lo digo por quien no sabe apretar, y no le tamo a lisenja, los quilates de un hombre como usted. En cambio, otras que se caían y sufren y...

Su interlocutor se encargó de interrumpirla, alarmado por aquel ataque de sú-

bita simpatía; pero, en vez de marcharse como intentó, se detuvo.

—Perdone, hija mía, no llevo vuelto... Oye, Trini, ¿quieres debutar en el mejor teatro de Sevilla?

—¿Y qué hay que hacer para ello?

—Olvidarme y «castigar» a Manolo. ¡Si la enredas en los valientes de tu bata, cuenta con empresario!

A buen entendedor, con pocas palabras bastan, y Trini no pecaba de tonta. El casero resaudó su camino y llegó junto a la ventana de la peluquería de Macarena. Meditó unos segundos y luego silbó de una manera peculiar.

Macarena, habiendo oído el sorprendente silbido, corrió a la ventana procedente del interior, y, al ver a don Salvadorito, hizo una mueca de desilusión, de la que se recobró para preguntar extrañada:

—¿Pero es usted? Creí que era una cordón.

La misma idea que le había hecho prometer a Trini la realización de sus ambiciones, animó el tono protector de su pretendiente.

—¿Por qué disimulas? ¿No te anunciaba el corasón mi visita? Valor, Macarena, hay que sufrir un poquito. Yo sé lo que sé, ¡y punto en boca!

—Pero oiga usted... — protestó boquiabierto.

El galanteador hizo más insinuante su acento, hasta ser casi gótico:

—Esas manitas de nardos me van a basé a mí la permanente a todas las horas, descuida. Y a ese Manolo, que lo endulen...

—Don Salvadorito, que yo quiero explicarle...

—Tú no tienes que explicar nada. Y no te ruborises, que al querer a un hombre no se vergüenaa ninguna.

Estaba escrito, sin embargo, que la ilusión del casero se iba a quedar en agua de borrajas, y Tito se encargó de cumplir el mandato del destino, interviniendo en su conversación, que había percibido desde su vivienda.

—¡Interrumpo?

—Un poquillo nada más—se avinagró don Salvadorito.

Pero el zapatero se mantuvo en sus trece.

—Vengo a invitarle al bautismo de mis tres herederos.

—Gracias, hombre. ¿Cuándo es?

—Cuando usted disponga.

—Eso tú, que eres el padre.

—Sí, señor, soy el padre y pongo los niños. Pero el usted no pone los dulces...

Macarena y don Salvadorito cambiaron una mirada, y éste, sorprendiendo el regocijo de la joven, no quiso desaprovechar la oportunidad de deslumbrarla con su rumbo, haciéndola jueza de su decisión.

—¿Qué te parece, Macarena?

—No le desalte usted.

Entonces, se volvió el casero al padre por partida triple y le aseguró:

—Cuenta con los dulces.

Fue un bautismo con tres padrinas y un padrino el que tuvo por teatro la iglesia de San Gil. Realizada la ceremonia, Remedios, tocada con una mantilla y con un niño en los brazos, fue la primera en abandonar el templo, seguida de dos comadres con igual cargamento. Pronto las cercanías se llenaron de todos los vecinos del patio de Macarena, con lo más escogido y elegante del armario sobre el cuerpo. Don Gilito gobernaba de la mejor manera

posible a sus discolos discípulos, que se desmandaron en cuanto salió don Salvadorito y les arrojó unos puñados de coque.

La alegría aumentó así que hubieron entrado en la humilde morada de Tito y la corpulenta y rolliza madre se precipitó sobre sus vástagos, estampándoles unos saneros besos. Tito no había perdido el tiempo ni apartado sus ojos de sus hijas. Cogió unos redondeles de cartón, en las que se leían manuscritas

los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar y se puso a ligarlos a las muñecas de los niños.

—¿Qué haces, hombre?—indagó su esposa.

—Marcando el género, para que no se confunda.

—Ea, ya son cristianos. Tres macareñas más—celebró el casero.

—Gracias, don Salvadorito—respondió la madre.

—Si lo hago por deporte. Ya tengo más de cien ahijados en el barrio—se volvió sonriendo a los demás.—Bueno, señores, esto hay que celebrarlo como Dios manda.

La generosidad conmovió hasta al mismo Tito, que intentó hacerse oír.

—Déjalo, tío. ¿Y si quiere perdonarnos el alquiler del mes, lo vas a privar de ese gusto?

—Como si quiere perdonar el de un año. Su voluntad es ley—buzgó don Gilito inesperadamente.

Y Aracena fué el que concretó las esperanzas generales, encarándose con el casero que les dejaba hacer cábalas, y respondió:

—Pues, nada, aceptado, don Salvadorito.

Esto les envolvió en una mirada entre irónica y bondadosa y sumió a reír.

—Se queman ustedes, pero no es por ahí. Se trata sencillamente de invitarles a merendar esta tarde en mi casa de campo.

La noticia pilló a los vecinos desprevenidos, pero se repusieron en un instante, recibiendo con entusiasmo patente el ofrecimiento, mientras que las exclamaciones y las alabanzas se atropellaban en las bocas y en los oídos de todos.

—¡Eso es hablar!—afirmó gravemente Carmona.

—¡Has dado en la yema!—corroboró un vecino.

Y Aracena, que, a pesar de sus inventos y del prometido porvenir alimenticio de los rayos solares embotellados, tiraba a lo seguro en sus momentos de lucidez, que generalmente eran todos cuando de llenar el estómago se trataba, resumió la aceptación común, añadiendo:

—¡Vivan los caseros rumbosos!

Por la tarde, como había prometido, varios coches enjaezados al estilo andaluz estaban parados en el patio de la Macarena y sufrían un verdadero asalto, entre risas, bullicio, frases chirriantes como coheteros, mientras don Salvadorito se esforzaba en dar cierta forma de organización a aquel caos, yendo de uno a otro de los coches de punto, indicando a sus inquilinos el sitio que tenían que ocupar.

Pese a su entusiasmo organizador, advirtió complacido que, al bien Macarena y Manolo iban en el mismo coche, también lo hacía Trini, lo cual implicaba que la bailarina había aceptado sus ofertas. Muy animado, avanzó hacia ellos y preguntó con interés, que no disimuló:

—¿Vas bien, Macarena?

—Muy bien, don Salvadorito.

La mirada recorrió el interior del coche de punto y, celoso y defraudado, aunque con una sonrisilla forzada, advirtió:

—Perdón, Manolo; creo que te has sentado en mi sombrero.

Se levantó el joven con aspecto inocente y sacó de debajo de su persona un sombrero aplastado y deformado hasta lo inverosímil.

—No lo había visto—. Se lo ofreció: —¡Tenga!

—Te trae mucha música, niño—se picó el casero—. Te pido un sombrero y me das un acordeón.

Carmosa no fué mejor afortunado que don Salvadorito en su ambición de sentarse junto a Remedios, la cual le rechazó y le mandó trepar al pescante, «el sitio de las maletas», como decía.

Arrancaron, por fin, los carruajes y Macarena preludió el «Himno de los Macarenos», que, mezclándose al estallido de los látigos y al tintineo de los cascabeles, adquirió un realce desconocido hasta entonces, esparciendo toda la sal y la gracia de sus notas. Manolo unió su voz a la de su amada y, poco después, todos aceptaron el invite, cantando alegremente. De esta manera, los coches atravesaron las calles, las dejaron atrás, llegaron al majestuoso puente tendido sobre el Guadalquivir y, una vez la comitiva hubo entrado en la carretera, rodeada de chopos, que corría paralela al río, el canto creció y no dejó de oírse hasta que se detuvieron frente a la quinta de recreo.

Don Salvadorito condujo a sus invitados a una glorieta en la que aguardaban unos atentos criados, que no tardaron en ofrecer un refrigerio a los hambrientos estómagos y sedientas bocas. Sonó un conjunto de guitarras y bandurrias, poniendo en pie a varias mocetas que interpretaron magistralmente las sevillanas que escuchaban. Trini se juntó a las bailarinas y cruzó entre ellas ligramente, evidenciando que los empresarios sevillanos no tenían ojos en la cara, ya que la rechazaban. Pero la danza tenía algo más trascendental que esto último; era, ciertamente, un desafío

a Macarena y una promesa a Manolo, que, aunque tan sorprendido como la joven, se sintió halagado por aquel inesperado tributo a su varonil encanto.

Macarena, terminado que hubo el baile, respondió con un gesto desafiante a la sutil afrenta de la aliada del casero, y probó a escabullirse, sin éxito, de Manolo, que iba a su encuentro. El joven vertió algunas rápidas frases en sus oídos y ella movió la cabeza con tristeza y cansancio:

—¡Parece mentira! Siempre lo mismo. Si me quisieras, no insistirías.

—Insisto, porque no puedo vivir sin ti, Macarena—replicó sombriamente.

—Y para vivir tú, quieres matarme—contestó con pasión—. Porque si yo te quisiera, olvidando a los míos, dejaría de ser quien soy, para convertirme en una mala mujer, a la que despreciarías al día siguiente.

—¡Es que no me das ninguna esperanza!

—Te digo: espera. ¿Te parece poco? Lo demás, ni séarlo.

Rosita y otras muchachas interrumpieron oportunamente la discusión con su bullicio, suplicando a Macarena que animase la reunión con sus cantos, y la joven cedió amablemente, permitiendo que la llevasen ante don Salvadorito, lo cual encendió una hoguera de celos en el inflamable corazón de Manolo. Las muchachas rodearon a don Salvadorito, que se sintió en la gloria, y la traviesa Araceli le recomendó:

—Tiene usted que basé los honores de la casa.

—Yo hago el rey que cabió, si me lo pedis vasotran.

—¡Que cante! ¡Que cante! —palmitaban entonces.

—Si me lo pde Macarena, yo canto hasta las cuarenta—dijo complacido el casero, volviéndose hacia ella.

Manolo oyó la frase y se llegó al grupo, preguntando amenazador:

—¿En bastos?

—En copas, niño, que estamos de buena—sonrió sin inmutarse.

Insistieron otra vez y Macarena, lanzando una mirada maliciosa a Manolo, que sacaba el freno malhumorada, accedió, empezando a cantar «Los hilillos del amor»:

MACARENA

*En el barrio de la Macarena,
me dijo un mozo, me muera por ti,
y en seguida me hizo las cuentas
de que er chavaliyo me gustaba a mí.
Y de pronto me guiñó.*

DON SALVADORITO

Y de pronto le guiñó.

MACARENA Y DON SALVADORITO

*Yo no quiero ni acordarme
de lo que vino después.
Que si tú, que si yo, que si to s'acabó,
que si dime que sí, no me digas que no
que arheyana que parte mi boca
será pa los dos.*

MACARENA

*Los hilillos del amor
son igual que los veleros,
que no andan er caminito
si no los empuja er viento.
¡Ay!, que me empuja la ventolera.*

MACARENA Y DON SALVADORITO

*La ventolera, la ventolera,
y yo dejo que me empuje pa donde
[quiera,
pa donde quiera.*

MACARENA

*Nos casamos y un año juvito
pasamos felices la luna de miel.*

*pero un día tuvimos un disgusto
por un laberinto que tuvo el gachó.
Y de pronto se enfadó,*

MACARENA Y DON SALVADORITO

*Y de pronto me enfadé,
y armamos una pelatera
que no quiera usted saber.
Que si tú, que si yo, que si tú s'acabó,
que eres tú mi unigüilo cariño
y aquello pasó.*

MACARENA

(bis)

Las hilillas del amor, etc.

MACARENA Y DON SALVADORITO

(bis)

[Ayer], que me empuja la ventolera, etc.

Una salva de aplausos premió el arte de Macarena, que la acogió con modestia y muy apurada. Don Salvadorito, entusiasmado, tanto por la canción como por este último ademán, abrió los brazos y corrió hacia ella, diciendo:

—¡Como un jilguero, Macarena! ¡Mejor que una flauta! ¡Ay, niña, en esas horas me entiendo a mí!

—¡Va a ser en el río!—gritó Manolo, interponiéndose.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué dicea?

—¡Que le voy a remojar el entusiasmo!

Antes de que se hubiera puesto sobre aviso, le asió por las solapas y se dispuso a cumplir su amenaza. El casero, al sentirse entre las manos del energúmeno que le había caído en suerte, se debatía inútilmente, protestando:

—¡Remojarme tú a mí? ¿Te has creído que soy bacalao de Escocia?

Pero empezó a sentir sus dudas sobre

si lo era o no, en cuanto Manolo, en lugar de soltarle, le asendió como a un monigote. Sin embargo, los invitados, recobrando el sentido de lo que sucedía, se precipitaron a separarlos, prorrumpiendo en exclamaciones de aviso y de disgusto. Manolo forcejeó con los que le contenían, sin lograr zafarse, y pidió:

—¡Dejarme! ¡Quiero enseñarle sofleo a ese colorín!

—¡Estoy en mi casa!—chilló en contrincante, parapetado detrás de sus defensores.

—¡Eso no le autoriza a pispear a las mujeres de los otros!

Al escuchar esta afirmación, que la ofendió por el sentido de propiedad que entrañaba, Macarena replicó altivamente:

—¡De otro? ¿Y quién es el otro? ¡Me has comprado sin yo saberlo en un almacén de bisutería! Deja tú a los demás

y no alborotes por mí, que si alguien se propasa, sé yo defendarme.

Manolo la miró despechado, se contuvo y respondió sarcástico:

— ¡Está bien, Macarena!... — y por el casero: — ¡Y usted dispense, joven.

Manolo se confundió entre los que le rodeaban, con el sentimiento de haber sido vencido por lo insospechado; pero Trini, aprovechando certeramente la ventaja que tenía sobre su rival, se le acercó sonriente y le propuso que la acompañase en un sa, iteado. Accedió

Manolo a la petición, la cogió del brazo y se dirigieron hacia los guitarristas, mientras don Salvadorito agradecía a Macarena su providencial intervención.

Pero la muchacha sufría los mismos celos que el pretendiente, y al sonar los instrumentos, inducida por una fuerza superior, miró hacia el lugar en que vibraban. Trini bailaba como los propios ángeles las bulerías gitanas que le cantaba Manolo, haciendo emanar de cada uno de sus gestos y movimientos un intenso argumento de amor, de desdenes, de ofensas... Y la animaba Manolo

*Por verte bailar, serrana,
a mí no me importaría
pasarme en un calabozo
lo que me resta de vida.*

*Cuando me rasas, morena,
con tu bola de luceros,
hasta los huesos me tiemblan.*

*No me claves esos ojos
carguitor de promesas,
que me están volviendo loco.*

*Yo te digo la verdad:
en tus brazos me embarcaba
por toda la eternidad.*

Macarena se apartó de don Salvadorito, antes de que se diese cuenta éste, y

al reto de una canción, respondió con otro:

*Barquito que va sin rumbo
siempre de aquí para allá.
Si un mal viento se lo lleva,
¿qué cuidado te me da?*

Manolo volvió la cabeza, sorprendido por aquella réplica. Trini sonrió con orgullo y, sin dejar de bailar, encogiéndose

los hombros con desdén, animó al cantador para contestar, como hizo:

*Dices que no pues ver
la cara tan amarilla
de la fuerza del querer.*

Un estremecimiento de agitación sacudió a la concurrencia y algunos de ella se aprestaron a ayudar a Remedios, que contenía a Carmona y a don Gilito,

que hacía lo mismo con el casero. Trini cesó de bailar; Macarena, incapaz en su indignación de continuar cantando, se enfrentó con los dos culpables del alboroto y recitó:

*La cara me amarilla,
pero ya no es de querer,
que es de bochorno y vergüenza
viendo tu mal proceder.*

Mientras Trini se vanagloriaba de su triunfo entre sus amigas, que aun no sabían lo que había ocurrido, Macarena se alejó de todas con ademán de desprecio, sin hacer caso de los que intentaban retenerla. Remedios fué hasta Manolo y, poniendo los brazos en jarras, exclamó:

—¡Te felicito, Manolo! ¡Te has portado como un hombre!

—¡Déjame, señora Remedios! ¡Esa niña merece mucho más!

—Desde luego. Mucho más de lo que tú le ofreses. La crucificas en público. ¡Bonito proceder! ¡Con qué cara vas a salir ahora a la calle! Lo digo porque esa que tienes se te va a caer al suelo en cuanto recapasites un poco.

—He recapasitado. ¡Para mí se acabó esa mujer!

Con estas palabras, dictadas por la vergüenza de lo que había hecho, se pudo considerar terminada la tempestuosa fiesta. Los invitados se encaminaron hacia sus carruajes, yendo en primer término Macarena y el casero, en tanto que los demás comentaban los incidentes de la reunión. El casero suplicaba a Macarena que no se marchase, sin conseguir otra respuesta que ella y Manolo no cabían en la misma casa.

—Dame permiso y lo echo de un su-

plo. ¡Así!—se sopló los dedos—. Como a una pajuela. ¡Ossé, qué miedo me dá!

—¡De sí!—despreció Macarena.

—De mí. Si me desato, soy una pulmonía doble.

—Déjale usted que viva—dijo la joven con una pálida sonrisa.

—Lo que tú quieras, entrañas. Lo perdono. Tu voluntad es una sulfamida.

Y la miró eternecido por última vez en aquel día, que si bien había sacado el alma de Macarena con las más terribles angustias, en cuanto a la del casero había plantado la semilla de la esperanza, con lo que podía planear las más descabelladas y románticas novelas de amor.

Supo Macarena dominar su amargura hasta la hora de acostar a sus hermanillas. Pero al estar entre éstas, por las que sacrificaba la parte más hermosa de su ser, no pudo ya vencer el empuje de sus lágrimas. Sus hermanos la miraron con inquietud.

—¡Por qué lloras, Macarena?

—¡Llorar yo? Se te habrá figurado.

El niño volvió no muy convencido la cabeza, pero con la ingenuidad de los pequeños, se olvidó de todo y se entregó al sueño profundo y sereno de la infancia.

CAPÍTULO III

Una partida secreta

La mañana siguiente no fué muy agradable para Manolo. Había desaparecido la noche anterior en compañía de Trini y se había corrido una juerga regular, según era posible deducir de la expresión malhumorada de su rostro, mientras se afeitaba. Le dolía la cabeza. Llegaba tarde al trabajo, le recordaba la conciencia por haber reñido con Macarena, arrojándose de su carácter violento, y, por si esto fuera poco, allí estaba Remedios, que, con la excusa de arreglar su habitación, venía en partes iguales sensatos consejos y burles, que le vantaban ampollas en sus oídos, escrutando su rostro con burlesca dignidad.

Macarena, en un estado de ánimo patético, limpiaba, triste y pensativa, los escasos útiles de su peluquería, cuando entró en su establecimiento Trini, con el más terrible y displicente aire de mujer fatal, envuelta en un viejo albornoz y arrastrando unas zapatillas, apenas calzadas. Macarena se encaró con ella y se petroché de ironía para la lucha de pulgas y covidias que iba a seguir.

La miró, pues, de arriba abajo, revolviendo su cerebro en busca de una idea que le permitiera vengarse de todos los ultrajes que, sin razón, había tenido que soportar de aquella mujer.

—¡Qué elegante! ¿Es una salida de baño o una promesa?

—Es para andar por casa. ¿Puedes ondularme un poco?

—¿El cabello?

—¿Qué va a ser, entonces?

—Creí que el modo de andar. Como vienes tan... lánguida.

Trini se acomodó en uno de los sillones y se contempló en el espejo antes de disparar otra flecha emponzoñada.

—Será del cansancio de anoche. Me divertí mucho. Bailamos hasta la madrugada.

—Dichosa tú. ¿Y quieres que te ondule?

La contestación de Trini murió, por decirlo así, en sus manos. Antes de que se percatase su cliente, con pasmosa celeridad y movimientos nerviosos, metió la cabeza en un recipiente y le enjabonó el pelo, levantando un montón de espuma, que ocultó el rostro de Trini. Esta soportó estoicamente los vigorosos restregones sin una queja, pero en cuanto tuvo un momento de respiro, volvió a sonar su tonillo mortificante:

—Hija, yo siempre me ondule en peluquerías de postín. Pero por una vez... Tienes esto simpático...

—No está mal para la gente que viene.

Trini no encontró una réplica oportuna y calló, mordiéndose los labios. Macarena sacó la cabellera de su enemiga con no menor rapidez y, en un decir jerárquico, dió marcha a un poderoso ventilador, que la sacudió y se llevó por delante uno de los paños. Trini estornudó al recibir las poderosas ráfagas y protestó:

—Que me levantas del sillón! ¡Mejor soplete!

—Es mi estilo. Ahora los moñitos...

Casi no había acabado de proferir su aviso, cuando la cabeza de Trini estaba constelada de bigudías.

—Hija, corres como el fuego.

—Descuida, eso vendrá después—dijo Macarena, atareada y nerviosa.

—A lo mejor, me hago parroquiana tuya.

—¿Tú crees?—preguntó con malicia.

—A mí me gusta proteger a las amigas. Aparte de que hoy no podría perder el tiempo, me han invitado al cine esta tarde.

La noticia dejó sin aliento a Macarena y casi le quitó las ganas de proseguir luchando contra aquella mujer. Pero se rehizo e indagó:

—¿Tu tío... el del penal?

—No, un chico muy simpático. Vecino nuestro. Ha ido a sacá las entradas.

Macarena cugió el monstruoso casco y lo suspendió en el aire, como si fuera a dejarlo caer sobre su cabeza; pero se animó a tiempo. No obstante, pese a la prestera con que ocultó su ira, la sorprendió Trini con los ojos relampagueantes y las manos crispadas en la tremebunda arma.

—¿Qué haces?—casi rogó, levantando los brazos.

—Que... te voy a meter el casco... de ondulá—sonrió Macarena.

—Tienes unos modos...

—Es mi estilo.

Le introdujo la cabeza en el casco, olvidando toda delicadeza y se dispuso a concitar todos los rayos que encerraba el disforme aparato contra su contricante, la cual, bajo el casco, dijo con voz tenebrosa:

—Pues me tienes ya negra con tu estilo.

—¿Negra? Todavía no.

Para cumplir su promesa, manipuló despreocupadamente en el casco. Lanzó sus temerarios silbidos de locomotora el aparato, sus acostumbradas humaredas, y, al cabo de poco rato, los gritos ahogados de la apacientes dominaron la algarabía; al fin logró escapar de su tormento y se disparó hacia el corredor lanzando penetrantes alaridos.

Macarena se echó a reír y a llorar al mismo tiempo:

—¿Para que vapas al cine con Manolo!

Los vecinos, atraídos por los gritos de Trini, entre los que se contaban Remedios, Manola y don Salvadorito, que se presentó jadeante, arrastrando su inseparable cartera, contemplaron espantados la catadura de la bailarina, cuya cara sucia de humo y la melena de color rubio y encrespada como un estropajo, gimoteaba, sin prestar atención a sus comentarios.

—¿Qué, mi madre! ¿Es un calamí?—dijo una vecina.

—Es el retrato de un túnel! —afirmó otra.

—El anuncio de «Al son de la Matimba»! —comentó don Salvadorito.

Y mientras Trini reclamaba a la poli-

cía desguñitándose, Remedios y el casero acudieron a consolar a la llorosa Macarena, que salió de la peluquería. La comadite le preguntó con acento de reproche:

—Pero, ¿qué has hecho, mujer?

Fue don Salvadorito el que se encargó de responder humorísticamente a Remedios, sin percatarse de que Manolo, preocupado por el incidente, también se aproximaba para inquirir los motivos del mismo:

—Nada, que le dijo que iba al cine y la ha maquillado.

—¡Usted a callar!—se indignó Manolo, tanto por Trini como por Macarena.

—¡No soy mudo!—se envalentnó el casero, a pesar de considerarse perdido.

—¡Pues lo va usted a ser en seguida!

El movimiento de retroceso de don Salvadorito fue cortado por el salto que Manolo dió en su dirección. Se defendió como pudo de los férreos brazos del machacho, pero, siendo inevitable su derrota, se resignó, tapándose un ojo con una mano y casi ofreciendo el otro, y exclamó:

—¡Adiós, niña!

Trini puso el asunto del desastre de su cabello en manos de la policía, lo que tuvo la consecuencia de que, tanto ella como los principales testigos del suceso, se encontraron en la comisaría, declarando ante el comisario, el cual era asistido por un amanuense. La víctima lucía su cara más limpia que minutos antes y se desguñitaba; don Salvadorito guardaba, como recuerdo apreciable de su antigua facultad de ver sin estorbos, la mano puesta sobre el ojo embotazonado. La declaración de Trini fue acompañada de lágrimas.

—¡Llegué yo, tan modesta como siempre y sin ofender a nadie, porque una, señor comisario, ha recibido educación...

Un repentina ataque de tos se apoderó de los testigos, impidiendo oír el resto del relato. El comisario, molesto por la

extemporánea epidemia, se encará con ellos:

—¿Qué tosesitas son esas?

—Nada, señor comisario, que se acatarran uno sin querer. Corre un airecillo tan fresco...—se excusó maliciosamente don Salvadorito.

—¡Silencio!—dijo el funcionario—. Siga usted. ¿Por dónde llamos?

—Por la educada—se encargó de contestar el incorregible casero.

A la corpulenta esposa de Tito la dominó una tos espasmódica, que tuvo la virtud de sacar de sus casillas al comisario, el cual aconsejó:

—Les recomiendo a ustedes pastillas Valda, a no ser que prefieran el calabozo. Continúe. Usted fue a hacerse la permanente, ¿verdad?

—Sí, señor. Y esa... peluquera, que

tiene la intensión de un gato, me metió en una olla de cosé gambas—

—Perdón, ¿me permite explicar el caso?— intervino don Salvadorito, levantándose, sin dejar de cubrirse el ojo con la mano.

—¿Usted quién es?— se enfureció el funcionario.

—¿Yo? Un testigo medio ocular— dijo, destapándose el ojo morado.

—¿Usted llegó siete días después de la fiesta!—gritó Manolo.

—Todos los santos tienen octava—repuso el casero—. Llegué a tiempo de ver que esta señorita salía de la olla de cosé gambas, como ella dice, hecha un calamar en su tinta; mientras esta otra señorita llevaba como una ducha. Y ahora digo yo. ¿Quién es la culpable aquí? ¿La olla o la señorita?

Todos estuvieron de acuerdo en que la culpable era la olla, sin que Manolo y Trini pudieran hacer ecochar sus protestas. La paciencia del comisario había llegado al elástico límite que la experiencia le había concedido y dió un salto en el asiento.

—Si vuelven a interrumpir, la olla, y el cosido, y los calamares, y las gambas se lo van a comer en el calabozo! ¿Síéntense!— se dirigió a Macarena—. ¿Qué responde a la denuncia de su parroquiana?

—No es parroquiana mía— negó, incorporándose, la joven.

—¿Pero usted no le ha hecho la permanente?

—No, señor.

—¿Cómo? ¿Van a negarlo ahora?— exclamó Trini.

—Pues, claro, sí, eso no es permanente; se quita con el tiempo— terminó don Salvadorito.

El comisario parpadeó asombrado ante aquel proceder inusitado en las memorias de la comisaría, mientras que todos los testigos sentados en el escano le daban la razón, replicando a Manolo, que, rubio, la negaba. La confusión fué de las que hacen época; todos hablaban a la vez y gesticulaban enardecidos. El comisario perdió los estribos, golpeó con furia la mesa y, súbitamente, reinó el silencio.

—¿La lleva y no la lleva!—dijo, refiriéndose a la razón—. La lleva al decir que eso no es permanente. Y no la lleva, al convertir el cabello de su parroquiana en un eriso de estopa. ¿Lo hizo usted con premeditación?

—Con el casco—atajó Macarena.

Y don Salvadorito la apoyó, haciendo que el comisario levantara los ojos hacia el techo, poniendo a todos los santos por testigos de su martirio.

—¿Volvemos a lo de antes? Materialmente, con el casco; de acuerdo. ¿Pero y la intensión que puso en el casco?

—Lo que puso en el casco, fué la cabeza de la denunciante.

—Eso es, la cabeza—corroboró Macarena.

—¿La mala intensión!—gritó Trini.

Este alboroto fué seguido de otro sobre si el accidente había sido casual o intencionado, empeñándose los testigos en que fué... eléctrico. El comisario abandonó las contemplaciones y tomó una determinación que comunicó al amanuense, que había asistido sin pestañear a la pavorosa declaración:

—¿Detención, multa y el oportuno atestado al juez de guardia!

Pero los humos de los testigos no se

humillaron al ver dictada la sentencia. Carmona y Tito jalearon al comisario y a su auxiliar y don Salvadorín se adelantó, llegando hasta la mesa del funcionario.

—¿Me permite usted, señor co... comisario?

—¿Diga!—le animó éste, intrigado.

—Yo creo que todo podría arregiarse con una peluca.

CAPITULO IV

Los remedios de Remedios

Macarena, al regresar de la iglesia de San Gil, adonde había ido fervorosamente a buscar consuelo, apoyo y alivio para sus cuitas, y después de recorrer las calles hacia su hogar, recibiendo de los transeúntes el tributo a su belleza en forma de alegres piropos, entró en el patio de su casa y notó que, todo el entusiasmo y la esperanza que las oraciones habían encendido en su ánimo, desaparecían...

Trini y Manolo estaban hablando junto al puesto de Borea. La primera, con los estragos de su pelo ya muy atenuados, recibía con una sonrisa el clavel que Manolo le ofrecía, pero se quedó en suspensa al dirigir los ojos hacia el mismo lugar que su galanteador. Macarena pasó por su lado sin mirarle, pero a tiempo de oír la pregunta de la bailarina:

—¿Te han hipnotizado?

Manolo se recobró sobresaltado e hizo un gesto de desdén:

—La prosesión del silencio.

Las risas de ambos hirieron a Macare-

na en lo más hondo y puro de su alma, no obstante, con un supremo esfuerzo de voluntad, levantó altivamente la cabeza y siguió adelante, sin hacerles caso, aunque con los ojos relampagueantes de indignación y un sello contenido en los labios.

Remedios, que entró en la peluquería, comprendió lo que sucedía de una suya mirada, con lástima infinita de su intenso sufrimiento. Sin embargo, optó por disimular, como hacía Macarena con una forzada sonrisa; de pronto, dijo ésta:

—Pero, señor, ¿a mí qué me importa que la quiera? ¿A mí qué me importa que le entregue claveles y se los ponga en el pecho? ¿Me interesa algo, vamos a ver?

Su agitación creciente, al pronunciar estas entrecortadas frases, justificó la ironía de Remedios, cuya perspicacia adivinó lo sucedido.

—Nada—aciaró, con burla, sentándose en el sillón.

—Nada—respondió el eco con sorna.

Macarena se volvió vivamente al oír-

la, hastigada por el sonsonete de las respuestas, y casi llegó a olvidarse de la indiferencia que fingía para disfrazar con ella sus celos y su amargura.

—¿Cómo que nada!—pero reaccionó y dijo:—¡Ah, sí, nada! Ni tanto así. A ese hombre le desprecio; para que usted se entere.

—¡No, si me estoy enterando! No hay más que oírte. Tú has aborrecido a Manolo. Y cuando le ves con Trini, te ríes.

Macarena cogió uno de los escasos frascos que adornaban su establecimiento y lo estrelló contra el suelo, en donde se hizo añicos. Luego, se enfrentó con ella y la desafió:

—Me río. Y me queda tan fresca— y envió otro frasco tras el anterior.

Remedios se levantó de un salto del sillón y se puso en jarras.

—¡Otro frasco! ¿Sabes lo que te digo, niña! Que a mí no me pelas hoy.

El ruido de las voces de Macarena y la fractura de los frascos hizo acudir espantado a Carmona, que, esperando encontrarse con uno de los catastróficos cuadros a que le tenía habituado la peluquería, se calmó casi al punto. Señaló los objetos rotos y preguntó:

—¿Hay terremoto? ¿Qué estropicio es éste?

—Tu hija, que acaba de ver a Manolo con Trini. Y como ese a ella uno le importa nada, lo está demostrando.

Aquella fue la puntilla para Macarena. La mentira no la convenció ni a ella misma, desde el momento en que los demás no le prestaban crédito. Y su ira y pena estallaron, entre sollozos y bruscos ademanes:

—¿Es que va usted a negar que estoy tranquila? ¿Es que no voy a poder romper lo que quiera? ¿Es que si cojo a Trini y le saco los ojos, también van a

decir que son celos? ¿Celos yo? ¡Ora, qué infundio! Pero si yo no quiero a Manolo; si me le dan encanitado y me amarga; si no me acuerdo del santo de su nombre...

Trini y Manolo se separaron del puesto de flores alrededor de las nueve, acordando que el joven se dirigiera a buscar las entradas de los toros. Sonaron las campanadas y el rostro de Manolo se ensonreció presintiendo la llegada de don Salvadorita. En efecto, al vibrar la última campanada, entró éste con su consabida cartera. Se contemplaron en silencio, mientras el casero, para ocultar su nerviosismo, quiso silbar, estando, sin embargo, dispuesto a salir corriendo.

—¿Otra vez aquí?

—Cobro de alquileres—se asió—. Los resibas crecen como la espuma.

—Usted verá lo que hace. Yo tengo permiso para sacar colorines.

Y sin decir nada más, pero con una mirada elocuente, que relataba sus futuros propósitos, se alejó de él, volviéndose para mirarle. El casero, que jamás había pensado en salir con tanto bien, sonrió con aire de perdonavidas, en tanto que avanzaba presuntuoso hacia la estalera.

Carmona meneó bien el incensario, cuando tropezó con el casero en la galería, en donde había instalado su taller, dándole las cursivas nombres de obispos y otros términos parecidos, hasta que su interlocutor estuvo cercano a desmayarse de felicidad. Inmediatamente se interesó por la salud de Macarena y el asusto Carmona le anunció, mintiendo a medias:

—Insipiente... quebradilla de la coló y la voluntad.

—La coló puede que sí; la voluntad...

¡Ja, ja! Sé a qué atenerme y usted disimule. A las mujeres, como dice la copla, les pasa lo que a las aceitunas: las que más verdes parecen, suelen ser las más maduras.

Carmona lanzó un suspiro y sonrió:

—Ojalá te salga como tú quieres, porque tus pensamientos son buenos y un hijo como tú honra a cualquiera.

—Y un padre como usted es una lotería.

—Sin billetes, hijo... —afirmó rápidamente.

Don Salvadorito, oyendo esta última frase, aparentó no entender la indirecta y se alejó alarmado, encaminándose a la peluquería de Macarena, ante cuya puerta se detuvo muy pintorresco y preguntó desde el umbral:

—¿Se despachan localidades de paraíso?

—A otra taquilla... y añadió al verle: ¡Ay! ¿Pero es usted?

Don Salvadorito pensó que la sorpresa es, a veces, causa de las victorias más inesperadas. Penetró, pues, en la peluquería, se aproximó a Macarena hasta rozarla y la contempló de hito en hito.

—¿Tú, que te quiero con la misma velocidad que lleva un avión de casa!

Macarena, sorprendida por el giro, retrocedió un paso:

—Usted no anda bien de la helice.

—A cien revoluciones por minuto. ¡Ay, qué boca... para haber nacido yema de San Leandro!

Macarena se escandalizó un tanto del giro y se lo reprochó, pero el cuarento hizo una graciosa inclinación, que la animó hasta sofocarla de risa.

—No disimules, Macarena. Pierdes el coló y yo pierdo el sueño. ¿Eso no te dice nada? Tu voluntad y la mía son co-

mo los railitos del tren: caminan juntos, aunque no quieran.

—Don Salvadorito de mis culpas, a usted le han engañado.

—¿Que me han engañado? Si tus ojos mintieran, mentiría la misma verdad. Este querer de nosotros, tiene que meté más bulla que el día del terremoto. Y, a propósito de terremoto: ¿Es Manolo?

Se reñrió a alguien que se acercaba tarareando. Al recibir una respuesta afirmativa, se desmoralizó y buscó un lugar en donde esconderse, sin hallarlo en su pánico. Por fin, tuvo una idea fantástica. Se apoderó del casco, lo embutió en su cabeza, se sentó y se echó encima un paño. Ya era tiempo, porque Manolo, simulando hacerlo por casualidad, se detuvo y sacó la cabeza, mientras que Macarena le daba la espalda, con demasiado desdén para ser real, y fingía atender a su clientela.

—¿Huele a quemado? ¿Quién es la víctima? ¿Ha hecho testamento?

—No es menester. Tiene la fortuna de no verte la cara.

—Hombre, ya qué hablas de eso: te felicito por el buen gusto que te ronda. ¿No anda por aquí? Me refiero a un cadáver que anda con permiso de un servidor.

Un estremecimiento sacudió al casero. Macarena, muy a su pesar, puesto que se había jurado no hacerlo, se apartó de él y anduvo hacia la ventana.

—¿Te has dedicado a las pompas fúnebres?

—A casar verdaderos.

—¿También? Creí que sólo casabas pajaritos.

—Que saben querer.

—Tienen costumbre. Has elegido bien. Mujé de su casa, hacendosa, honesta...

¡Una proposición! —exclamó con sorna Macarena.

—No tanto como la tuya: un sagabillo, como quien dice...

—Pero leal.

Y mientras Macarena le defendía y Manolo le insultaba, el sorprendido casero estaba sobre ascuas, entre el miedo de ser descubierto y la alegría infinita de oír cantar a su prometida ignoradas virtudes de su persona. Por último, Manolo, vencido en toda línea y lleno de despecho, se despidió inesperadamente, alejándose.

En cuanto estuvieron solos, don Salvadorito se puso en pie de un brinco, quitándose el casco y los paños que le habían enmascarado, corrió hacia Macarena y le estrechó con ardor las manos.

—Lo he oído todo. Has estado magnífica. Gracias otra vez. ¡Ya... ya no sé cómo he podido contenerme para... para no matarlo! Ese hombre se ría de ti.

Esta vez el casero dió en el clavo. Macarena se regió como si la hubieran abofeteado, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Que se ría de mí? —soltó— ¡Cállate usted!

Don Salvadorito palmoteó sin saber a ciencia cierta por qué. Tornó a coger las manos y con gran intuición, preguntó:

—Ya... ya se te traba la lengua... ya... ya eres mía. ¡Cu... cuándo es la boda?

Macarena, llorando a lágrima viva, miró a la ventana, en donde momentos antes estuviera el hombre que significaba todo en su vida, y respondió, como lanzando un reto a todo lo pasado:

—Cu... cuando usted quiera.

Remedios les sorprendió cogidos de la mano y contemplándose sorprendidos por la rapidez de su decisión. Inmediata-

mente, supuso lo que había ocurrido y tuvo que apoyarse en la puerta para no caerse. El corazón de Macarena había cavado su propia tumba. Dió un respingo y se dispuso a evitar aquel tremendo disparate.

—Pero ¿qué es eso?

—Ya lo ve: que nos vamos a hacer una postal—explicó el casero.

—¡Suéltela usted! ¡No comprendo que esta criatura no sabe lo que se hace! —gritó enojada—. ¡Pero aquí estoy yo para evitar desatinos!

—Oiga, comadre, ¿quién es usted para echar el sierre?

—Soy nieta de aquella que enfermó porque a su vecino le estaba corto el chaleco. ¿Se entera usted? Primero que entre todos hagáis una desgraciada a esta infeliz, se desgracia una servidara, y yo me entiendo. ¿Que me meto en camino de once varas? Lo sé. ¿Que este saute llorón va a ser mi primer enemigo? ¡Me lo va usted a decir a mí! Todo eso y más, lo sé yo. Pero sé también que en esta casa hace falta un hombre, y... ¡que no, vamos, que no! ¡Que me va a costar una fiebre amarilla el chaleco de mi vecino, pero el chaleco se arregla! ¡No faltaba más!

Y mientras Remedios iba a poner en práctica el plan que había trazado para subsanar los errores ajenos y ordenaba a Carmena que le siguiera, en unos términos tan dulces que el otro se asustó, Macarena y el casero se despidieron en la puerta de la peluquería, con tan mala fortuna para ambos, que vieron llegar a Trini y a Manola cogidos del brazo. Don Salvadorito retrocedió apresuradamente, pero Manolo reprimió sus impulsos agresivos, por consideración a Trini, que anunció:

—¡A la feria, y esta tarde a los toros! ¿No te llevan a tí?

Siguieron su camino con gesto desdenoso, enviando unas pullas a la pareja, que guardó silencio. Pero una vez hubieron desaparecido, Macarena agarró

con frenesí el brazo de don Salvadorito y ordenó, más que suplicó:

—¡Lléveme en seguida a la feria! — y se empeñó, cortando sus protestas—: ¡A la feria, y a caballo! Y no me repliques. Vuelvo a buscarme dentro de media hora.

Remedios, después de poner en la mano de Carmona una copa de cañac, que el hombre contemplaba parpadeando, trató de desvanecer el miedo que su carácter bravia había depositado en el pecho del padre de Macarena. Y en verdad, el ennumerado personaje tenía sus motivos para dudar de lo que acontecía, comparando el pasado y el presente, en que Remedios, toda micoles e insinuaciones, parecía haberse vuelto loca. Además, le animaba a hablar de su amor, y su interlocutor se negó a ello.

—¿Y si yo le dijera que hable sin miedo?

—Se lo diría a un poste, porque yo no hablo. No, señora. Me asustan los temblores de tierra.

Remedios se puso ante la puerta, le miró de arriba abajo y exclamó:

—Arregle los papeles.

—¿Qué papeles?

—Los de nuestra boda.

—¡Vaya, que la ensierran a usted! — gruñó Carmona.

Pero la decidida mujer, de un tirón de la americana, le hizo retroceder tambaleándose. Carmona puso tierra entre los dos.

—¡Vamos, vivo! Dígame algo. ¿No ve que soy la mujer y me da vergüenza decirlo todo?

—Bueno, pues allá va—se decidió Carmona—. Remedios, yo... la quiero. Mi corazón...

—Deje los trastos viejos y continúe.

—Es que voy a tomar impulso y así me corta el vuelo.

—Tírcelo de cabesa.

Así lo hizo, casi literalmente, Carmona, y recibió una respuesta afirmativa y el nombramiento de amo de la casa. Pero, a renglón seguido, impuso las siguientes condiciones: Macarena saldría de su casa, y como el padre protestase, prosiguió:

—No se alarme: saldrá con su marido, como yo entraré con el mío.

—¿Qué palabras más dulces! ¿No te parece que ha llegado el momento de tutearnos?

Aceptó Remedios el tuteo sin ninguna vacilación y la felicidad de Carmona aumentó de grado. Pero hubo una nueva condición: él tendría que trabajar ocho horas en hacer botijos y macetas de barro y podía elegir entre las figuritas o ella.



Don Salvadorito, el casero...



—Oye, Trini, ¿quieres debutar en el mejor teatro de Sevilla?



Por la tarde, como había prometido don Salvadorito...



Trini se juntó a las bailarinas.



"¡Ay!, que me empuja la ventolera..."



"Por verte bailar, serrana..."



*Supo Macarena dominar su amargura hasta la hora
de acostar a sus hermanillos...*



—¿Quién es la culpable aquí? ¿La olla o la señorita?



—¿Se despachan localidades de parvito?



—...a propósito de terremoto: ¿Ex Maná?



...el sorprendido casero estaba sobre ascuas...



—...tú no mandarás en nada, puesto que mando yo.



—¿Remedios, mi madre?

La señora y el señor en el salón.



*Macarena se había tranquilizado al no distinguir
a Trini o a Manolo.*



*"Es tanto lo que te quiero
que lo tengo que salvar."*



—¡Gracias, Macarena, muchas gracias!

—¡Remedios, me pones en un trance terrible! ¿Qué vas a hacer de mí?

—Un hombre. ¡Elige!

—¿La alfarería?

Y la bondadosa y brava mujer resumió con toda veracidad:

—Estos mandamientos se enseñan en los: tú no mandarás en nada, puesto que mando yo. ¿De acuerdo?

¿Qué remedio le tocaba! Convino en

ello, protestando egoísta y mentalmente, seguro de que su sacrificio le haría feliz. Pero no pensaba en la mujer que ponía su alma entera al servicio de los desvalidos y que quería desviar a Macarena del extraño camino adonde las circunstancias la habían conducido. Ciertamente, claro está, era tan difícil venturar los designios de la comadre como oponerlos a ellos.

CAPÍTULO V

Consecuencias

La media hora concedida por Macarena a don Salvadorito para cambiarse, ir y volver de su casa, no sólo fue bien empleada, sino que incluso sirvió para despertar la admiración del patio entero. Llegó apresurado, jadeante, a causa de la carrera mantenida; completaba el magnífico efecto su traje campero andaluz, y delataba sus propósitos galantes un manojito de claveles blancos que llevaba en la mano. Un grupo de inquilinos cortó, mal que le pesara, su camino, teniendo como cabecilla a don Gilito con un cuaderno en la mano. Le contemplaron ponderativamente, después de llamarle repetidas veces, mientras que el casero se extrañaba del inusitado interés que despertaba su persona.

—¡Jesús, don Salvadorito! — exclamó Basilio. — ¿Viene usted de retratarse?

—Vengo de durse. ¿Qué quieren? — se impacientó.

Tomó la palabra don Gilito, enseñándole el cuadernillo.

—El balance de la caseta de la feria. Sumados el Debe y el Haber, nos falta el Haber.

La tradicional costumbre de crear una caseta en la feria, en donde se reúnen los vecinos de un harrio o de una determinada casa, iba a pesar sobre los hombros del casero. Y por si pocas dudas le quedaban respecto a ella, pronto las dissiparon las alabanzas de los vecinos, que halagaron la repétita bolsa de don Salvadorito. Con un gesto de resignación, unido a cierta complacencia, preguntó lacónicamente:

—¿Cuánto?

—El Debe son dos mil quinientas pesetas — aclaró el maestro.

—¿Y el Haber?

—Sero y lo que usted ponga.

Don Salvadorito movió la cabeza, di-

simulando una sonrisa, hasta que comenzó burlandosele:

—En esas condiciones...

Velozmente intervinieron Tito, don Gilito y un vecino, asegurándole que le dejaban la caseta a precio de amigos. Pareció vacilar un momento, sin que se disipara su bonachonería, y accedió con una expresión humorística.

—Pues, nada, señores y señoras, la caseta es mía y... de ustedes. ¡A divertirse! Y que me envíen la factura... sin timbre de alarma.

Pensando en que el amor debilita a los hombres, se alejó en dirección de la escalera, vitoreado por los vecinos, cuyas risas alborozadas sonaron a sus espaldas. Así que estuvo frente a la ventana de la peluquería, ofreció los clavos a Macarena, diciéndole al mismo tiempo:

—Eres más bonita que el barrio de Santa Cruz.

A una galantería respondió Macarena incorporándose con otra, pues arrancando uno de los clavos de la maceta que adornaba el alféizar, se lo ofreció a su vez a su pitopedor, con una mirada torladora.

—Vamos a cambiarlos por éste. ¿Quieres?

—Y el crá... cráneo también, si me miras así—afirmó sumido en un mar de delicias.

—Guárdalo, en recuerdo mío.

Don Salvadorito notó que la respiración le faltaba, y dio boqueadas como un pez al ser pescado. Incluso los ojos se le humedecieron de emoción y de agradecimiento. Cuando recobró el habla y la energía suficiente para cogerla del brazo, pudo decir en el colmo de esperanzas:

—¡A... aire, que me ahogo! ¡No... no merezco tanto!

Serían las primeras horas de la tarde, cuando la gente afluyó a la feria en oleadas crecientes, al entrar en ella don Salvadorito y Macarena montando un caballo. Pronto la joven, sentada en la grupa de la montura, se percató de que todo el entusiasmo de su enamorado habíase esfumado, como ocurre con todo hombre que es mal jinete y que lleva entre piernas a un caballo más que fogoso. Don Salvadorito auguraba un sinúmero de accidentes y preocupaciones,

elevando obstáculos entre su dicha y sus naturales deseos de quedar bien.

El caballo se puso a caracolear delante de un coche, asustando al casero, y aquí empezó a cumplirse el temor del mismo... El corcel no quiso obedecer a las bridas y se impacientó, haciendo caso omiso de los halagos y de las súplicas del aterrorizado hombrecillo. El cochero le apostrofó para que se quitara de en medio.

—Eso, al caballo—respondió el desganado caballero.

—¡Métale espuelas!

—¿Por qué, si no ha hecho nada malo?

—Vamos a bajarnos!—aconsejó Macarena.

—¿Y la escalera?—indagó don Salvadorito.

El caballo, aburrido de su relativa quietud e indiferente a las súplicas de su señor, arrancó a correr, sembrando el pánico a su paso. Como en sueños le pareció entrar en una caseta y salir de ella para atravesar un puesto de churros... El público dió la voz de alarma y, entre carreras generales, confusión y gritos, después de advertir que unos guardias le perseguían, don Salvadorito y Macarena llegaron como un rayo al puesto de un fotógrafo ambulante, asumiendo a una pareja que se retrataba montada en un pacífico e inmóvil caballo... de cartón. Y allí se paró el alocado animal.

Don Salvadorito, adivinando lo que se le venía encima, descabalgó con la agilidad de un jinete consumado y se echó a correr entre la gente, abandonando a Macarena, a la que ayudaron a descender algunas personas. Ella y los guardias buscaron sin resultado al casero, y una vez los segundos siguieron sus pesquisas en otra dirección, la joven descubrió una bailarina de cartón, de las que, sin cabeza, empuñan los fotógrafos para sus trucos, pero que en aquel instante le guiñaba un ojo, recomendando discreción. ¡Era don Salvadorito!

Aunque se suele decir que lo que emplea mal, mal acaba, no fue aquella la primera vez en que un dicho quedó desmentido, pues Macarena y don Salvadorito se divirtieron lindamente en cuanto las atracciones se les ofrecieran, de tal

forma que, cuando llegó la noche y brillaron las primeras luces de la feria, como en aviso de que tenían que abandonarla, la joven experimentó un sorprendente malestar ante el pensamiento de que no sólo se alejaba de aquel centro de alegría, que la había aliviado de sus penas, sino que tenía que apartarse de su enamorado, en el que había descubierto grandes cualidades para hacerse querer.

Al abrir la puerta del piso de Macarena, ofreciéndose por entero el comedor a sus miradas, se quedaron como de piedra ante lo que veían. Remedios se atareaba dando de comer a los niños, contemplada por Carmona, que, retrepado en una butaca, fumaba con expresión beatífica.

Los ojos de Macarena, llenos de estupor, recorrieron los diferentes personajes, yendo de su padre a Remedios y de ésta a aquél, demandando una explicación, que le fue negada, por cuanto tanto uno como otra fingieron ignorar su presencia. Don Salvadorito y ella cambiaron un gesto de perplejidad. El mayor de los hermanos alzó la vista del plato, vió a Macarena y gritó alegremente:

—¡Macarena, hemos comido albondigas!

Las ponderaciones de sus hermanos sobre la comida, cuya abundancia y selección se patentizaba en sus rostros, no la sacaron de su perplejidad y hasta sintió una punzada de celos al oír que la más pequeña, su niña mimada, confesaba un gran amor por la intrusa. Esta alabanza dió pie para que Remedios diera por terminada aquella parte de la comida y se volviese hacia ella, diciendo con la mayor naturalidad:

—¡Ya estás de vuelta, hija? ¡Se han divertido ustedes mucho!

—Otra vez avisa, mujer — reprochó Carmona.

—Fue un pronto.

—Pues que no se repita — contestó Remedios, que aparentó no percibir su respuesta, atareada entre los niños.

—¿Cómo dije así? — gritó altiva Macarena.

Remedios siguió la comedia. Ordenó a los pequeños que besaran a su padre, lleváse a la pequeña en brazos, aconsejando a los recién llegados que tomaran asiento... puesto que estaba en su casa. Aquello fué domosiado para Macarena y intentó replicar, pero la intrusa desapareció. Entonces Macarena se encaró con su padre, que pareció encogerse, pidiéndole una explicación. Díjola tan poco satisfactoria como cualquier hombre en su caso.

—Como tardabas tú... Ya te explicaré. Siéntese, don Salvadorito.

Macarena, decidida a aclarar el misterio, costara lo que costase, salvó la distancia que la separaba de la alcoba de los pequeños, hecha una furia, y ordenó resalta a Remedios que tenía a la pequeña en brazos.

—¿Deme esté la niña!

No lo consiguió, pues la niña, con la volubilidad sentimental de los pequeños, se empeñó en que Remedios no la hiciera.

—Descuida, corazón mío.

—Menos corazón y más respeto a la casa ajena, señora Remedios.

—Eso digo yo, niña, más respeto y menos libertad. ¿Cómo te has atrevido a salir con ese hombre sin permiso de tu padre?

—Creí que sin permiso se usó — burlóse Macarena.

—Todavía no — replicó no menos mordaz — Anda, ayuda a tus hermanos.

Las últimas palabras de esta conversación fueron oídas por don Salvadorito, el cual alarmado pidió una explicación al displicente Carmona, que fumaba con serenidad. Esto le confesó que estaba en relaciones.

—¿Con la policía?

—Con Remedios.

—Eso es ped. La policía detiene, pero luego suelta. La comadre Remedios no suelta... como no sea un guastaco. ¡Dinero genio tiene! ¡A mí me ha cobrado manía!

Pero la supuesta indiferencia de Carmona se trocó en desasosiego al regresar las dos mujeres, discutiendo enardecidas. Y a una orden de Remedios, desencadenó la tempestad, abriendo la caja de los truenos, aunque palidaciendo y pidiendo socorro a la comadre. Anunció su cercana boda.

—¿Remedios, mi madre? — se escandalizó Macarena.

Remedios, con humilde acento, delator de la nobleza de su alma, dijo:

—Tu madre, no. ¡Qué más quisiera! Tu... madrastra. Ya puedes empezar a odiarme. ¡Somos tan amarimandonas como tú dices las madrastras! Pero no temas; aquí está tu padre, y donde hay padrón no manda marinero.

—Perdón, ¿quién es el marinero? — preguntó con sorna don Salvadorito.

Inmediatamente, no le quedó ninguna duda sobre quién ocupaba tal puesto en la familia. La mirada de lástima que envió a Carmona, fué interceptada por Remedios, que, sabiendo que él era el principal obstáculo que tenía que vencer, le señaló y encargó a Carmona:

—Dile que corra, que hay fuego en su casa.

—No me importa— aseguró el casero—. Lo que me interesa es saber si Macarena me despierte como ustedes.

Remedios gritó que no podía despedirle, ya que nunca le había recibido. Macarena quería a otro y así lo tenía que comprender. Pero en su ímpetu, cometió el error diplomático de molestar más aún la voluntad de la joven, que exclamó:

—A ese otro que usted dice lo tengo aborrecido. ¿Va usted a mandar en mi casa también? ¡Don Salvadorito, por mí puede quedarse! Lo que rechaza mi corazón es la injusticia de ver estranizada en mi casa a quien viene a robarme cuanto me queda en el mundo: el queré de mi padre y la ternura de mis hermanillos— vibrante, llorando, decidió:— ¡Don Salvadorito, si usted no me rechaza también, hje al día de la boda!

Y lanzado este último desafío, huyó

del comedor, mientras Carmuna se levantaba conmovida de su asiento para seguirla, cosa que impidió la práctica Remedios, reteniéndola y recomendando a ninguno:

—Déjala que se desahogue y dile a don Salvadorito que no se haga ilusiones.

Así lo hizo, acercándose al casero que retrocedió, poniéndose el sombrero y avanzando hacia la puerta, desde donde se burló:

—Pero, compadre, ¿usted es el jefe del personal o el intérprete de la casa?

El golpe había sido rudo para Macarena. El último refugio de su dolor había sido invadido. Se puso ante un cuadro de la Virgen de la Esperanza, iluminado por una lamparita y murmuró sollozando:

—¡Madre mía!... ¡Virgen de la Esperanza... no puedo más! ¡No puedo!

CAPÍTULO VI

La Feria de Sevilla

La situación, que los amores de Macarena, Manolo y don Salvadorito habían sembrado en el patio de Macarena, era casi insostenible. Como una neblina, como una nube que se interpone entre los rayos del sol y la tierra, interceptando el calor y la luz, así pesaba en el ánimo de todos la tirantez de los sucesos, originando una hostilidad incomprendible y un vago malestar, que hacía barruntar un próximo y desagradable desenlace, a menos que alguien, con el suficiente carácter y la necesaria energía para ello, se imiscuyera en los asuntos relatados y los desviara hacia términos más apacibles.

Mucha de esta hostilidad se describió en el ademán de Manolo al coger su sombrero y encasquetárselo decidido, desafiando a Remedios que trasteaba por el comedor sin propósito definido, como no fuera el de caer sobre el huracán muchacho.

— ¡Hasta luego!

La respuesta de la comadre le detuvo y sus ojos se buscaron como dos espadas prestas para el ataque.

— Hasta mañana.

— ¡Y qué? Estamos en feria.

— Tú empesarte hace un mes. ¡Buena vida! — se burló.

— ¡La mejor! — alabó Manolo, des-

mintiendo su entusiasmo su acento sombrío.

— Pues a ti no te sienta. Adelgusas bastante.

— Es que estudio para caña de pescar.

— La caña de pescar v'Ve al lado. ¿Te espera esta noche también? Anda, hija, anda, y muérete el sebo.

Manolo se dominó con un gran esfuerzo de voluntad y se le aproximó hasta casi rozarla. Escudriñó su rostro, mientras una leve sonrisa acompañaba a la delatora calma que imponía a sus palabras, sinceras esta vez.

— Todos sus alfilerazos resbalan. ¡No vuelvo a Macarena así me costara la vida! Usé la defensa, pero no tiene defensa la mujer que se mete en una cárcel y le dice al carlón: «Espera dose años y un día».

Le volvió la espalda con prosopopeya y desapareció de sus ojos, como el condenado a muerte que se dirige al patíbulo. Remedios le dejó marchar sin una frase de consuelo o de protesta. Le había acometido la sensación de que intervenía en un laberinto sin salida. Todo era inútil. Por un momento notó un gran desaliento, pero se recobró de él, movió la cabeza y suspiró, diciéndole para sí misma:

—¡Ay, Remedios, los doce años y un día van a ser para ti!

La pobre madre de Trini, una mujer entrada en años y gastada por los disgustos y la miseria, despidió a Manolo y a Trini, recomendándoles que no tardasen. La conducta de su hija la hería y comprendía perfectamente los reproches que le hacían. Pero ya estaba muy fatigada para luchar.

—Descuide usted, madre, sólo una vuelta.

La mujer suspiró sin decir nada y les siguió con la vista. Poco más tarde, la pareja campestre en la feria que se extendía como un amplio campo de hombillas, competidoras de las estrellas que cuajaban el sereno azul de la noche sevillana. Hilera tras hilera los puestos de atracciones, las bufeterías, las churrerías, abrían largas calles para la diversión. Se oían canciones, sonaban guitarras, las castañuelas, glorificando el embrujo de la alegría, el placer y la juventud.

Trini y Manolo fueron bailando de casete en casete, siendo saludados por sus numerosos conocidos. Su situación era tan únicamente les unía el despecho y la venganza... Hubo sólo un momento, en que un atrevido osó molestar a la joven, que hizo hacer algo semejante a los celos entre ambos, pero que, en realidad, procedía de la varonil alma de Manolo. Y aquello, la rifa sin consecuencias, dió pie para que los extraños lazos que los ataban, se estrecharan y que brotara la pasión, producto de su juventud, obligando a Manolo a que murmurase entrecortadas frases en el oído de Trini... Hasta que, al fin, convencida de algo que existía únicamente, como un encanto mágico, por obra

y gracia de la fiesta... Y muy cogidos del brazo se apartaron del bullicio.

Una premonición de lo que estaba aconteciendo penetró en la alcoba de Macarena, que, angustiada sin su sueño por su destino, dormía desasosegadamente, suspirando como presa de una pesadilla. Súbitamente abrió los ojos y volvió a cerrarlos, en una duermevela propia de un enfermo, intranquila, obsesionante, rebelándose contra la naturaleza...

Don Salvadorito, por el contrario, descansaba beatíficamente, con una sonrisa en los labios, de los afortunados sucesos del día. Y en su sueño, por si fuera poca la dicha pasada, empezó a desempeñar un papel preponderante Macarena, apareciendo como una llama de belleza, acariciándola, llamándole, prometiéndole, halagándole...

Extendió, pues, los brazos al tenerla delante, anhelando asirla. Pero, de pronto, la visión se ensombreció. Desapareció Macarena y surgió Remedios, con los brazos en jarras y, según su temida costumbre, moviendo ágilmente la lengua, enviándole una nube de improperios. Se revolvió inquieto sobre las sábanas hasta que desapareció; suspiró agradecido, aliviado de aquel peso terrible.

Con el rostro sereno, soñó otra fantasía sublime. Macarena le llamaba, incitándole a que fuera con ella y... otra vez Remedios. Y el sueño se complicó. Se vio vestido como aquella tarde, con sombrero ancho y chaquetilla corta, al pie de una reja, que, sin motivo plausible, designó como la de Macarena. Por lo menos había en ella muchas flores. Macarena salió a la ventana, con un bello mantón de Manila sobre los hombros, cortó una flor, la besó y la arrojó en su dirección, para ser cogida en el aire,

diestramente, por él. La besó también y... apareció Manolo.

Don Salvadorito pegó por huir de él, enredándose grotescamente con las mantas y las sábanas del lecho en una feroz lucha. Al pie de la reja, Manolo arrechó la guitarra que inesperadamente tenía entre las manos don Salvadorito, y, tras de blandirla en el aire, la dirigió contra su cabeza. Una contracción de horror dobló en la cama el cuerpo del casero. Pero era tarde. Se vio junto a la reja en la ridícula disposición de un hombre cuya cabeza ha atravesado la madera de una guitarra, sobresaliendo como una seta de entre las ruinas.

El casero se despertó bañado de un sudor frío y con la desagradable impresión de haber estado haciendo el ridículo para hallarse, felizmente, en la cama, aun cuando todavía asustado. Asomó con cautela la cabeza por encima del embudo. Llevaba 'lado a' cuello, en lugar de la guitarra, el blando cuerpo de la almohada. Se palpó, en un esfuerzo

para dilucidar la realidad de lo acontecido, comprendió, ultimamente, y al punto se tranquilizó, con un suspiro de satisfacción que acabó en una sonrisa.

Después de todo esto amaneció, derramando las primeras luces del día sobre los grises brillos, que formaban las construcciones de la feria, al destacar en la imprecisa claridad. Los únicos puestos que aun estaban abiertos, o que habían sido los primeros en hacerlo, eran las bufolerías, a las que acudían desperdigados los últimos transnochadores. Ante uno de ellos, estaban Trini y Manolo desayunando unos chuzcos calentitos.

Como se ve, cuanto de irreparable habían vaticinado en su interior la madre de la joven y la señora Remedios había ocurrido. La pareja se había extraviado en el camino y, ¿qué o quién lograría contener la latente tragedia? La madre de Trini, en su pobre cuarto solitario, lloraba acurrucada, suplicando a Dios que hiciera retornar la tranquilidad a los moradores del patio.

Pero el mismo día, que Manolo y Trini de una parte, y don Salvadorito y Macarena, de otra, habían iniciado con tan encontrados sentimientos, estava destinado a ser teatro de un acontecimiento de trascendental importancia. Todo el patio había decidido festejar, como se merecía, la inauguración de la caseta que la prodigalidad del casero había

erigido en la feria, al mismo tiempo que, aprovechando esta circunstancia, los Macareños visitaban en corporación la feria.

El primero en partir para tan sobresaliente acontecimiento fué don Gilito. Una vez que puso orden y disciplina en sus revoltosos discípulos, se colocó al

frente de ellos, y salió a la calle, recomendando:

—Ver y oír, sin tocar, y ya lo sabéis: los puestos de turrón son sagrados.

Siguiéndole, de todos los rincones del patio brotaron grupos de vecinos de todas las edades, entre los que destacaron los vistosos mantones de Manila de las muchachas, que se reían alegres y dabanse.

Al pie de la escalera que daba al corredor de Macarena se presentó una endomingada Gabriela, ahumada por el peso de sus tres retoños, mejor dicho de dos, pues Baltasar era transportado por un malhumorado Tito. Bajando se les reunió una vecina, que se admiró de la carga:

—¿Los llevas a la feria?

—Sí, hija; creo que esta tarde hay bastante de biberones.

Carmona corrió para alcanzárselos, con la más pinturera de su vestuario y un ancho sombrero cordobés. Remedios interrumpió su curso apresurado, algo molesta de haber sido olvidada por aquel alena de cántaro:

—¿Pero te vas solo, alma mía?

—Como me has desairado... Quería invitarte a los columpios.

—¿Para columpios estoy yo! Todo me mira al revés! Tu niña es un caso. ¿Por qué no la sacas a dar una vueltesita por la feria?

—Se lo he dicho. ¿Y sabes lo que me ha contestado? Que espera a don Salvadorito para salir con él.

Remedios protestó, indignada:

—¿Pero es que va a tomar en serio a ese hombre? ¿O se casa como es debido o te devuelve la palabra!

Aquella era más de lo que podía entender al pobre Carmona. ¿Por qué tenía que resultar la víctima del fracaso de su prometida? A! En y al cabo, don Salvadorito era un hombre cabal, con bastantes pesetas para quitarse años sin rubor. No quiso discutir estos pensamientos y sólo dijo:

—¿Y qué culpa tengo yo de que esa hija mía en vez de salir a su padre, haya salido al... miserere de Belva?

Don Salvadorito, despreciando las advertencias de su trágico sueño, salió hecho un brazo de mar de su casa y trotó por las calles en busca de Macarena. Por segunda vez el destino se encargó de hacerle una advertencia, que despreció con la firmeza espiritual de un enamorado, porque únicamente los enamo-

rados logran librarse de la parte de superstición innata a todos los mortales.

Al doblar una esquina, tropezó de bruces con una señora y entre el si me caigo o no me caigo, dando olvido a las más elementales reglas de cortesía y entregándose al instinto de conservación, se abarró a ella para no rodar por las

suelos. Tras de la dama iba un caballero, que a mil leguas se veía que era su esposo, y al advertir que su costilla levantaba la mano para castigar al atrevido, que esquivó el golpe, acudió en su ayuda y recibió en pago una tremenda bofetada. Aumentó con ello su enfado y se arrojó sobre el aturdido casero, que únicamente tuvo tiempo de señalar el cielo con espanto como si algo se les viniera encima. Miraron en la dirección indicada las esposas; entonces, ágilmente, don Salvadorito metió el sombrero

del varón hasta sus cejas... y en tal disposición se apartó de ellos, tomando las de Villadiego.

Mientras don Salvadorito maldecía su suerte, que le ponía en trance de muerte en cada ocasión que deseaba encontrarse con Macarena, ésta ante el espejo del armario de su habitación, acababa su tocado y lo completaba con un mantón de Manila. Después se acercó al cuadro de la Virgen cantando con pasión:

¡Virgen mía de la Esperanza!

¡Morena rosa de alor!

*El quiere que yo lo siga,
con palabritas de amor,
por un camino de espigas,
de lágrimas y dolor.*

*Que la sangre de mi sangre
la deje por su pasión,*

*¡Consigue tú, Virgencita,
que comprenda mi temor!*

*¡Macarena mía
de la Macarena!*

*¡Quítame el veneno
de mi corazón,
tú que eres tan buena!*

*¡Que la tentación
de tus ojos negros
no la sienta ya!*

*A la que me dió la vida
ya le he pedido perdón,
porque me pasó una sombra,
y tuve una tentación
olvidando las palabras*

*que al morirse pronunció:
«De esta humilde cofradía
tú eres la hermana mayor».
Y llorando, a mis hermanos
uno a uno los miró*

*¡Morenita mía
de la Macarena!
¡Quítame el veneno, etc.*

Terminada su canción, que era la armoniosa expresión de la plegaria que llevaba en los labios desde días atrás, abandonó su alcoba y pasó al comedor, en donde la sorprendió el silbido de don Salvadorito. Un poco intrigada miró hacia la ventana, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa comprensiva, quizá irónica, quizá enternecida, que no impidió que siguiera adelantándose hacia el casero.

Este se desanimó al no ver sobre ella el mantón de Manila, el abanico y la peineta, símbolos de la feria.

—¿Todavía así, Macarena?

—Usted perdóne, pero no voy a poder salir. Me duele un poquito la cabeza.

—Pues si tú no sales, chiquilla, ¿para qué me he puesto ya los trapitos de cristianar? ¿Vas a cortarme las alas del corazón? ¿O es que, además de la cabeza, te duele ese cariño maldecido?

No podía haber atinado mejor don Salvadorito para animarla a cumplir su palabra. Macarena, como en realidad le escocía aquel acariño maldecido, tuvo la fementida reacción de contrariarse antes de confesar la verdad.

—¿A mí? ¡Primero monja! ¡Aguarde usted un segundo!

Mientras ella se dirigía impetuosamente a su habitación, don Salvadorito, pensativo por demás, lanzó un suspiro de

congoja capaz de ablandar hasta las mismas peñas. Sacó un espejo del bolsillo y se contempló meditabundo, no sin antes cerciorarse de que nadie podía espíarle. Y lo que dedujo se trasladó en este monólogo:

—¡Que la aguarde un segundo! Aguarde algo más: un milagro. ¡El mismo de siempre! Ni que sea Feria, ni domingo de Ramos. ¡Esta nariz griega es mi ruina!

En el pasillo resonó el taconeo arrogante de Macarena y se apresuró a ocultar el espejito. En cuanto estuvieron juntos, ofreció a la muchacha cabellerosamente su brazo y dejó para mejor ocasión el barruste del futuro que le esperaba.

Así que estuvieran en la Feria, todas las aprensiones de don Salvadorito desaparecieron por ensalmo, tanto gracias al esfuerzo de abrirse paso entre la muchedumbre, como por tener la certeza de llevar a su vera a la mujer más hermosa de la feria. Y tanto ahínco ponía en que los cuerpos de los que le rodeaban no fueran a chocar contra la muchacha, que movía los codos con el rítmico entusiasmo de un campeón de remo. Uno de los que le rodeaban y que había sufrido un nada cariñoso codazo del casero, se volvió con toda la indig-

nación que cabía en su alegría y le preguntó:

—¿Es usted campeón de regatas, amigo?

—Es que estudio acordeón.

Una oleada de gente impidió que comprobara el efecto que su bravacuería había causado a Macarena, pues al intentar mirarla de soslayo advirtió que no estaba a su lado. Se empujó para distinguirla, pero la gente le obligó a retroceder, mientras él aullaba el nombre de su pareja.

Macarena, también desorientada por la brusca separación, asió en las caras que la rodeaban, sintiendo por primera vez necesidad de su galanteador, que gritaba:

—¡Adiós, escribiré al Boga!

Cuando el alud humano hubo amainado, consiguieron reunirse y se echaron a reír de su susto, con buen humor.

—¿Qué tal la travesía? — dijo Macarena.

—¡Vámonos de aquí! No me gusta viajar gratis — replicó el casero.

Llegaron al lugar en que se levantaban las casetas particulares de los harrios o de las casas, de donde brotaban suspiros de guitarras, cantos y tacones. Todos tributaban a Macarena, al pasar por su lado, la más rendida admiración, que, al bien elevaba hasta las nubes a don Salvadorito, también le preocupaba, temiendo que se presentara el caso de tener que hacer frente a algún camarieta. Los más atrevidos la pisotaban.

—¡Vaya monumento!

—Está acotado, amigo — afirmó el casero.

—¿Es usted el guarda?

—Soy la trepanación con sombrero ancho. ¿Qué pasa?

—Nada, señor, y usted dispense.

El inoportuno recogió velas y desapareció rápidamente. Don Salvadorito se pavoneó orgulloso y Macarena le consideró de mejor talante que momentos antes, divertida por sus salidas. Otro admirador de la joven se cruzó con ellos y se detuvo al hablar don Salvadorito.

—¡Eso es una mujer!

—Para un hombre — aclaró el casero, temblándole las piernas.

—¿Lo dice usted con seguridad, media siemendra?

—A la segunda, le pauto la idem y se come usted las cáscaras. ¿Estamos?

—Usted perdone.

—De nada. Servidor y picapedrero.

Siguieron adelante. Un gitano desaliñado, muy moreno y sucio, con cara de malas pulgas, se encaró con él.

—Bien podía usted darme la nifa, usted que nunca me ha dao ná.

—Vente por mi casa y te daré medio kilo de jabón, que te hace más falta.

El hombre le contempló con sorna y no es posible decir lo que hubiera pasado, porque unas veces, providenciales, se dijo don Salvadorito, les llamaron por sus nombres, Macarena y él giraron sobre los talones hacia el lugar en que sonaban y se encontraron frente a una caseta que tenía por título: «Los Macarenos», a cuya puerta Tito, Aracena y otros vecinos les seguían llamando afectuosamente.

Macarena retrocedió al estar ante la puerta y los ocupantes de la caseta, espantada por la idea de que Manolo estuviera en el interior y tiró de la chaquetilla de don Salvadorito, moviendo la

cabeza para dar más énfasis a su protesta:

— ¡Yo no entro!

— Un minuto cada más. Sería un desaire, mujer — respondió su compañero.

Los Macareños tributaron una formidable acogida a la pareja, como queriendo indicar que, ya que no tenían dinero, sabían agradecer como merecía las dadas del casero, abrumándole de atenciones que, de rechazo, llegaban sobre Macarena. Esta se había tranquilizado al no distinguirse entre los ocupantes de la caseta a Trini o a Manolo.

Tito les sirvió unas copas de manzanilla, afirmando:

— Beba, que de lo suyo bebe.

Gustoso la aceptó don Salvadorito y se la pasó a Macarena, quien la cogió con una sonrisa y una mirada turbada. Una mocha se les acercó con una bandeja rebosante de tapas y la tendió maliciosamente a Macarena:

— Ten, Macarena, para hacé boca. Nos tienes que cantar «Caminito de Sevilla».

Mientras la joven y el casero picoteaban en la bandeja, el sexo femenino los rodeó y empezó a charlar con bochicosa alegría, tamándole por blanco de sutil ironía.

— Y que sea para bien y para muchos años.

— Y a vé cómo la cuida usté, que es la flor del barrio.

— Don Salvadorito es de lo que no se estila ya — terció otra.

— Dí que sí: un gallán de otro tiempo — replicó intencionadamente una mocha.

En cuanto hubo dominado su nerviosismo, perdida ante los irónicos ataques, se acercó al bondadoso hombre y levan-

tó una mano, pidiendo paz y silencio al mismo tiempo:

— Bueno, vecinas, no tiréis a la vé que no soy un muñeco de pim-pam-pom.

Esta advertencia les hizo reír de la mejor gana y Tito, un poco asustado por la ajena malicia, que de la suya propia jamás se percataba, voló en su ayuda con misericordioso ardor, que le fué agradecido con el alma.

— Venga usté, don Salvadorito, y tú Macarena. Voy a enseñarles la caseta.

Los tres se esquivaron de las curiosas miradas de las madres con hijas casaderas y desaparecieron hacia el interior. Un hombre se puso a tañir una guitarra con desgaite, pero poco a poco se fué animando al oír que una mujer cantaba muy bajito, como un eco apagado de la fiesta, unas alegrías gaditanas.

El regreso de don Salvadorito coincidió con el espontáneo movimiento de una jovencita, que empezó a bailar las alegrías, siendo acompañada por el jalón de las palmas de todos. Cuando terminó la copla y el baile, Macarena se le había entrado en el corazón al casero, que la arrullaba con el castillo de fuegos artificiales de sus piropos. Sonrió, inevitablemente, la joven de su ardor y bajó los ojos.

— Yo no merezco ese cariño.

Hizo una breve pausa el galanteador para contemplar el temblor de sus pestañas, tras de lo cual, mirándola intensamente, volvió a la carga con más ímpetus que antes:

— Quién no lo merece soy yo. Pero si la Gloria se gana con buenas acciones, un cariño debe ganarse también a fuerza de cariño.

Una corriente de simpatía se le pasó en el seno de Macarena y la unió para siempre con el noble casero. Levantó los

ojos de su mano y envió mediante ellos aquel cordial sentimiento a don Salvadorito:

—Y díse usted que soy buena! ¡Usted sí que respaldése a fuerza de corazón!

—No... no me hables así que empiezo a tur... tartamudear — se embriagó de entusiasmo.

A pesar de esta protesta, Macarena no dejó de mirarla, como pedía, sino que aumentó más todavía el brillo de sus ojos. Varias mocitas, que evidenciaban la suerte de su vecina, comprendiendo a medias la causa de los entusiasmos de la pareja, cuchicheaban entre sí, lanzando burlescas risas.

Algunas de ellas fueron escuchadas por don Salvadorito, que miró en su dirección y temiendo algo, sin saber qué, y por su edad más asustado del posible ridículo, suplicó a Macarena:

—Me están cortando un traje... de luses. Canta algo para ver si las apaciguan.

—¿Por ellas? — despreció la joven, encogiéndose de hombros—. Me tienen sin cuidado.

Sin embargo, don Salvadorito continuaba teniendo la carne de gallina.

—Entonces... por mí — rogó tembloroso.

Este temblor no pasó por alto a Macarena, la cual pudo adivinar, y no erró, que se debía a sus anhelos de ave-

signar si ella le complacería. Y replicó: —Eso es otra cosa. Va por usted.

Su interlocutor mené la cabeza con cariñoso reproche:

—¿Usted? ¡Siempre usted!

Macarena sonrió sin decidirse, se levantó de su asiento y dijo al fin mirándola fijamente y apartándose de su lado: —Por... sí.

Se tambaleó en la silla, sin tener fuerzas para ponerse en pie y detenerla como le ordenaba el corazón. Quiso llamarla y no pudo, ebrio de felicidad. Se llevó las manos al cuello y gimó:

—A... aire.

Macarena, sin pararse a comprobar el efecto que sus palabras habían producido, se acercó al tocador de guitarra y le melicheó algo al oído. El tocador asintió sin pronunciar una frase y sus hábiles dedos extrajeron de las cuerdas las primeras notas de «Caminito de Sevilla».

Inmediatamente, se calló todo el mundo, haciendo innecesarios los alaridos de algunos. Otros se acomodaron mejor en sus asientos, llenos de expectación. Don Salvadorito, rebotando felicidad por todos los poros de su ser, se abrochó la americana sacudidamente y murmuró mirándola:

—¡El pan comido en la mano!

Pero sus gratos pensamientos fueron interrumpidos por la joven con esta canción, que atrajo una multitud de curiosos alrededor de la caseta:

*Caminito de Sevilla
mi amante esposado va,
entre dos alabarderos
que lo van a encarcelar.
Lo manda el señor Justicia
que lo quiere castigar
que ha robado mi cariño*

y no le perdonará.
 Es tanto lo que le quiero
 que lo tengo que salvar,
 que el cariño no es delito,
 y el Justicia lo sabrá.
 Deme audiencia tu merzé,
 que a pedirle gracia vengo,
 que está preso mi queré,
 y de penita me muero.
 Perdónale tu merzé,
 se lo pido por favor;
 si lo hace, bailaré
 con la puntita del pie.
 En la cárcel de Sevilla,
 mi amante me esperará,
 porque los alabarderos
 no me han dejado pasar.
 He comprado un carcelero
 que me le va a liberrar
 y llevo toda la noche
 cansadita de esperar.
 ¡Ay! que ya viene la aurora,
 Dios mío, qué pasará;
 Si el Justicia se ha enterado,
 ya mi amante no vendrá.
 Deme audiencia tu merzé
 que a pedirle gracia vengo,
 que está preso mi querer,
 y de penita me muero.
 Perdónale tu merzé,
 se lo pido por favor;
 si lo hace, bailaré
 con la puntita del pie.

Durante la canción que Macarena, según toda evidencia, había dedicado a don Salvadorito, Manolo acompañado de Trini se abrió el paso entre los curiosos y admiradores y escuchó la letra de la canción. Una vez la hubo reconocido, miró hacia delante descubriendo a Macarena y una sonrisa, que se esforzó en hacer sardónica y acabó siendo barlona, estremeció sus facciones.

Macarena, en cuanto hubo terminado su canción, entre los aplausos generales y las felicitaciones, tanto de los Macarenos, como de la gente aurrada por la música, sonrió modestamente, deseando acallarlos, y fué hacia don Salvadorito, que la recibió emocionado.

—Gracias, Macarena... muchas gracias! — repitió sin poder seguir adelante.

—¿Estás contento?—dijo dulcemente.

—¿Contento? — gritó excitadísimo.— Llorando, ya ves tú! Llorando de alegría — aclaró.

—Vámonos ya — suplicó la muchacha.

—Aguarda un momento — se volvió para gritar: — ¡Tito!

Tito acudió con la presteza de un cirveto a la apremiante llamada del casero. Don Salvadorito señaló a la transtienda y dijo exultante:

—Llama a la asentrada y que envíen manzanilla para todos los macarenos unidos y por nacer. ¡Saca de la cocina cada tapa de solomillo que parezca unas medias suelas! Bebed y comed sin reparo a la salud de Macarena. ¡Yo os invito a todos!

Mientras don Salvadorito esparcía por toda la caseta sus órdenes, alicor de su alegría, Manolo entró en ella, siempre acompañado de Trini, sonriendo sarcástico, con un frío mortal en el pecho, y se acercó de hurtadillas a don Salvadorito, preguntando:

—¿A mí también?

Su inesperada llegada que había hecho lo posible para disimular, extendió el silencio como una mancha de aceite y todos miraron al casero.

CAPÍTULO VII

Perdóname, Macarena

Y don Salvadorito, sintiendo los ojos de todos fijos en él y al oír la voz de Manolo, se sobresaltó, no pudiendo reprimir un gesto de pánico. El desdén de Manolo era tan patente que equivalía a un insulto; cuando menos, así lo creyó Macarena, que hubiera dado diez años de su vida por que su galanteador fuera un hombre de pelo en pecho y no codiciera ante el desafío.

Los dos hombres se valieron a contemplar de hito en hito y don Salvadorito logró sobreponerse gracias a un esfuerzo de voluntad tan inmenso que le dejó tembloroso, aunque malas lenguas afirmaran que ello se debía a su miedo anterior.

—Hombre... también, si aceptar. No te había visto.

—Lo supongo.

Tal fué la intención que dió a su frase y el malestar que despertó, que Trini, más cauta o sensata, le tiró diamuladamente del brazo deseando alejarse de allí. Macarena volvió la espalda muda y pálida y don Salvadorito intentó seguirla sin más, en medio de la creciente expectación general.

Afortunadamente, el ingenio de Tito maquinó un burladero y, como en obediencia de las órdenes del casero, se presentó con el cañero, colocándose en-

tre uno y otro. Luego ofreció una copa a Manolo.

—Bebe, Manolo.

Pero el carácter pendenciero del joven no estaba satisfecho:

—¿Es por cuenta de los «Macarenos» o de algún millonario generoso?

Bebió y se reunió con Trini. Lo mismo había hecho antes don Salvadorito con Macarena, que se esforzaba en convencerle de que debían de marcharse. El lo hubiera hecho de muy buena gana, puesto que carecía de madera de héroe, pero por el bien parecer y por una serda y desconocida irritación, se negó a ello y la apaciguó:

—No... te alarmes y sientate un momento. Prudencia y se... serenidad.

Naturalmente, su acento no era el más oportuno para conseguirla. Por lo que se refiere a Trini y Manolo la escena anterior había tenido una consecuencia bastante diversa. Trini estaba celosa, o cuando menos molesta como toda mujer que cree haber sido instrumento de un hombre para contrariar a otra, y sencilla, pero rectilíneamente, se formuló una pregunta que no tardó en hacer a su pareja:

—¿Si no la quieres, por qué te molestas que ese hombre la acompañe?

Manolo esbozó un gesto de desprecio, poco convincente, en tanto que respon-

yo también tengo mi alma en el alma-

— ¡Molestarme a mí? No me conoces.

Trini le lanzó una mirada aviesa que no auguraba nada bueno y por si no fuera bastante se encargó de reforzarla con una amenaza:

— Ni tú a mí. ¡Cuidado, Manolo! Que

La conversación general y las particulares quedaron ahogadas por el rasgueo de una guitarra, mientras que una «cantante» iniciaba una seguidilla gitana, junto al guitarrista. La gente joven se animó al percibir el gracioso ritmo de la música y la altura de la intérprete, que decía:

*Mare de mi alma,
la vía yo diosa
por pasar esta noche de luna
con mi compañera.*

Macarena y don Salvadorito habían reanudado su coloquio así que acabó la canción. Manolo aun no había logrado apaciguar a Trini, que le seguía amena-

sando. Para otra acunadora, una vecina de alguna edad, la respondió con otra seguidilla que fijó la atención común:

*¡Mirame, gitano!
¡Mirame, por Dios!
Con la limonita de tus ojos negros
me alimenta ya.*

Tito se presentó con una nueva fuente de tapas, que brindó en primer lugar a Macarena y al casero en silencio; luego Arcena hizo otro tanto con el ca-

sero, procurando no estorbar al guitarrista y a la cantante, que cambiaron en aquel momento de estilo interpretando unas bulerías gitanas.

*Tú eres buena y eres mala,
pero como te quería,
tanto te lo pasaba.*

Algunos concurrentes, entre los que se contaba Manolo, animaron a Trini a que bailase y, sin hacérselo rogar mucho, saltó al centro la joven, moviéndose con la ligereza de una golandrina.

Manolo, viendo llegado el momento anhelado, recogió el último verso de la copla anterior y mirando descaradamente a Macarena, cantó:

*Tu te la pasaba,
y ahora, como no te quiero
te acabé lo que se daba.*

Y siguió con más audacia, despreciando el movimiento de protesta de sus vecinas:

*No quiero deserte ná,
No quiero que se te ponga
la carita colorá.*

Los jóvenes cambiaron una mirada maliciosa, que no tuvo eco en la grave expresión de las personas mayores, y se rieron con malicia, mientras Manolo cantaba, perseguido por los ojos sumbríos de Trini, que no dejaba de bailar.

Macarena se levantó, herida por la

cruel saña de Manolo, preguntándose cómo alguna vez le había podido amar, si tan despreciable podía ser, y se dispuso a abandonar la caseta. Don Salvadorito echó tras ella y ambos fueron seguidos por la mirada de Manolo, que cantó inmediatamente:

*Vete, niña, que es igual.
Tú eres monda que rueda
y a mis manos vuélvete.*

Al oír el segundo verso de la canción, Don Salvadorito se detuvo como si un latigazo hubiera herido sus espaldas, es-

tremeándose titubeante, y casi obedeciendo al tirón con que Macarena le obligaba a seguir su camino. Se resis-

tió, casi convencido de reanudarle, dió un paso más, pero el último verso que no sólo insultaba su amor, pero también a Macarena, le llegó a herir el corazón como el hierro al rojo vivo.

Entonces, tuvo lugar en él una súbita transformación. Soltándose de Macarena, giró sobre sus talones con la rapidez de un rayo, lanzando llamaradas de indignación sus ojos, un tanto que su alma sangraba de lástima por aquella muchacha que dulcemente por culpa de sus galanteos había perdido la felicidad para siempre, mereciendo ser insultada.

Era otro hombre. Su cuerpecillo estaba tenso como la cuerda de un arco en un tris de ser disparado y algo que emanaba decía que no retrocedería ante ningún peligro, con tal de hacer pagar la injuria al insultador.

También Trini se quedó muda, pero por una cosa muy distinta del horror, al ser proclamado el último verso. Dejó de bailar y se encaráó ofendida con Manolo, gritando altivamente:

—No sé si ella volverá, la que no vuelve a mirarte a la cara soy yo.

Mientras con un gesto soberano de desdén, se alejó de él, la expectación alcanzó su mayor grado. Un desenlace era inminente, así lo creían todos entre asombrados y suspensas.

Don Salvadorito avanzó con la serenidad de un héroe y se detuvo frente a Manolo, rafiándose de las manos de Macarena, que borota y alarmada hacia lo imposible por hacerle entrar en el camino de la prudencia.

—¡Déjalo! ¡No metes la réplica de un hombre cohal!

Pero la réplica no sirvió de nada, pues don Salvadorito adoptó tal expresión que Tito y algunos vecinos se si-

tizaron entre los dos contrincantes, mientras las mujeres procuraban calmar a la desconsolada Macarena y varias mocitas hacían lo mismo con Trini.

Como ocurre con frecuencia a las personas hundadotas, tardas en salirse de sus casillas, cuando se irritan, don Salvadorito fué implacable. Apartó a Tito y a Aracena como si fueran de paja y se enfrentó con Manolo con una resolución y una energía inaspechadas.

—¡Manolo, has ofendido en público a una musita desente, y en público la vas a desagañar!

Manolo le miró de pies a cabeza, con una sonrisa despectiva en los labios:

—¿Pienas usted obligarme a ello?

Tito y Aracena quisieron intervenir de nuevo y apaciguar los ánimos. Pero don Salvadorito cortó sus protestas y los dominó con un ademán imperioso.

—¡Calma, señores, calma!

Después, les apartó y se dirigió directamente a Manolo. Macarena le escuchaba transida y admirada y los demás con curiosidad.

—¡Obligarte ya, tan poquita cosa, a ti que eres tan valiente? No, hombre, no; quiero que reconozcas tu error y lo entiendes. No te arustes, Macarena—y agregó, refiriéndose a los espectadores:

—Ya veis, la cosa no tiene importancia; una conversación entre amigos. ¿Verdad?

Esta última pregunta la dirigió a su enemigo, con la más inocente de las sonrisas, de modo que los nervios se destensaron y muchos empezaron a considerarle con lástima. El coquero se había puesto la piel de león, ni más ni menos, pero se le había caído inmediatamente! Manolo, por un instante asombrado, volvió a gallear:

—¡Yo no soy amigo de usted! ¡Y basta

ya de titeres, que no me gustan los pasasos! Lo dicho está dicho.

Don Salvadorito movió la cabeza afirmativamente y otra vez sus ojos lanzaron destellos de rabia. Y habló con voz entrecortada, pero que dominaba perfectamente con su energía, diciendo:

—Eso es lo malo, que está dicho sin nada ninguna y para ofender a una mujer que no lo merece. La hembra obliga mucho. Y tú, por hombría, vas a recoger tu infamia y a pedirle perdón a Macarena.

Su acento final fué seguro, como si su petición fuera lógica. Manolo dió agresivo un paso hacia él y gritó:

—¿Pero qué dice usted?

Don Salvadorito, en el momento que Manolo avanzó hacia él con no muy benignos propósitos, se metió la mano en el bolsillo derecho de la corta americana. Y nadie dudó de que empuñaba un revólver.

—¡Quietos, buen mozo! — aconsejó y fué obedecido.

—¡Ha madrugado usted! — replicó Manolo, tascando el freno y perdiendo el coraje a ojos vistas.

—A quien madruga, Dios le ayuda.

La impotencia hacía estrajar al joven, que insultó:

—¡Cobarde!

La mano de don Salvadorito pareció apretar con más fuerza el arma y mostró, como al desgajarse, más cerca el bolsillo de la americana.

—Eso es: Yo cobarde y tú valiente; ya respeto a las mujeres y tú las insultas; yo he procurado bien veces evitar esta escena y tú la provocas a todas horas. Puedes estar orgulloso, sí, señor. Y por valiente... no por otra cosa...

Se interrumpió para pasarse la lengua por los resecos labios. Tito y Aracena es-

taban aterrados por la metamorfosis de su casero y ya se consideraban encharcados en un mar de sangre. Y don Salvadorito prosiguió:

—Le vas a cantar a Macarena por lo bajini, si es que te da vergüenza hacerla como antes, esta copla: Perdóname, Macarena, me duele lo que te he dicho. Yo soy malo y tú eres buena — y a un movimiento de Manolo, le plantó el bolsillo en el estómago: — ¡Si te mueves, te ensiendo como a un fósforo!

Macarena, atenta a la agonía de ambos hombres, intervino:

—¡Déjelo, por Dios!

Su entrada en el cuadro de la disputa fué acogida con agitación. Los pareceres fueron diversos; unos deseaban que cantase Manolo, mientras que otros juzgaban que era aquello una bellaquería. Trini, rodeada de las muchuchas que la habían consolado, gritó:

—¡Bien empleado le está!

Por fin, se destanaron las voces que pedían la justicia inmediata:

—¡Que cante! ¡Que cante!

Don Salvadorito se revolvió con la agilidad de una ardilla y gritó impetuosamente, sin sacar la mano del bolsillo de la americana:

—¡Silencio! ¡Al que interrumpa lo hago yesca! ¡Música, maestro!

El tañedor de la guitarra no se hizo repetir dos veces el aviso y con gran susto rasgó precipitadamente extrayendo de las cuerdas unos desafinados acordes, que, sin embargo, fueron aceptados por el triunfador. Encañonó a la víctima más amenazador que nunca y le animó:

—¡Vamos allá, niño; a ver si te luses!

—¡Es una coacción, que conste! — protestó Manolo.

—No; es... del nueve largo — y le

dictó la letra: — «Perdóname, Macarena...»

Pero para el corazón de Macarena, en honor de la cual había nacido el valor de don Salvadorito, era demasiada humillación para que no comprendiese, casi a su pesar, que amaba más a Manolo que su maltratado orgullo de mujer, y se adelantó exultada y gritó:

— ¡No y bien veces no! ¡Es demania-do!... ¡No cantes, Manolo!

Don Salvadorito la miró sorprendido y después casi indignado al calar los verdaderos motivos de la protesta. Se reprimió como supo y sonrió con la tristeza de despertar a un mundo duro y traidor:

— ¡Está bien! Tú mandas y tu voluntad es ley — se volvió al joven: — Yo no soy tan valiente como tú, pero sé respetar a las mujeres y hacer lo que

ellas dicen. No cantes, hombre. ¡Pero, pídele perdón! ¡Te lo aconsejo!

Pero el perdón y el socorro que Macarena había prestado a su ruboroso honor y a su intranquila conciencia, le subyugaron y se apresuró a obedecer gustoso, rindiendo pleitesía a ambos:

— ¡Perdóname, Macarena!

— ¡Estás perdonado! ¡Vámonos, don Salvadorito!

La obediencia de su proferir una sola palabra y se confundieron entre la muchedumbre antes de que se diera cuenta el perdonado. Manolo, pasados unos segundos, miró con angustiosa expresión el lugar por donde desapareciera el amor de su vida, dándole por perdida para siempre y, olvidándose de todos y de todo, dió libre salida al grito que procedía de la entrada misma de su pasión:

— ¡Macarena!

CAPÍTULO VIII

El querer a una mujer

Macarena, en cuanto salió de la caseta de los vecinos, creyó haber firmado su sentencia de muerte, impresión que profundizó el grito de Manolo, en el que iba toda una vida de esperanza y de cariño. Don Salvadorito notó que volvía el rostro para ocultar las lágrimas que cuajaban sus ojos y que, sin quererlo ella, traicionaban su dolor...

Por un momento creyó el casero que iba a responder al grito de Manolo con otro no menos apasionado, pero, sólo con mirarle, subsanó el error y bajó la frente, dispuesta a ser leal, aunque quemara todas sus naves detrás de ella.

Resignadamente, don Salvadorito tuvo que hacerse cargo de la situación. Echó a andar, sintiendo tristemente, reprochándose su locura de haber pensado que la joven le amaba... Ninguno de los dos veía a la alegre gente que trapeaba con ellos.

Estaban cerrados al puente del Guadalquivir, cuando tocó del bolsillo de la chaqueta la mano crispada esa... ¡un sencillo e inofensivo pañuelo! Sin percatarse del asombro que el descubrimiento producía en la joven, se limpió maquinalmente la frente, mojada por el sudor, frío y terrible, que hacía brotar la lucha moral entre su egoísmo y sus deberes para con los demás.

—¿No era una pistola? — gimió la joven.

Don Salvadorito pisó el puente antes de responder y se le antojó que su vida era como el río, que, haciendo fructificar los campos que se extendían en sus dos riberas, sigue su curso hacia el mar, sin que nadie le mire con cariño. Y al hablar en su voz aun temblaba la esperanza perdida para siempre:

—¡Era... una ilusión! ¡Una ilusión muy grande... que se marcha!

Macarena rompió a llorar silenciosamente y don Salvadorito la contempló un momento, antes de añadir con un temblor en la voz:

—¿Le quieres todavía?

Macarena negó débilmente con la cabeza, pero sin osar mirarle a los ojos. Después de una nueva pausa, insistió el casero:

—Entonces... ¿estás dispuesta a casarte conmigo? — ella afirmó con vacilación: — ¡Gracias, Macarena! Pierdes y pagas. ¡No puedes hacer más! Eres tan buena, tan buena... que tu mismo corazón te hace daño. ¡Como a mí el mío!

Sus ojos se fijaron distraidamente en algo conocido que se aproximaba a ellos y se hicieron más agudos, pues la il-

gada de don Gilito con sus alumnos le había hecho concebir una extraña y casi desesperada idea.

—Espérame un momento.

—¿Aquí? — se extrañó Macarena.

—Sí, vuelve en seguida. Don Gilito puede acompañarte, ¿Quiéres?

—Pero...

Don Salvadorito intentó sonreír, diciendo antes de reunirse con don Gilito:

—Aguárdame, te lo ruego.

Trini y Manolo hablaron por última vez en la caseta. Entre ambos había abierto la copia del segundo un abismo que no lograba llenar con todas sus excusas ni sus protestas. El grito de desesperación había sido demasiado explícito para que negase la ficción que con ella había estado representando.

Por último, la bailarina se cansó de oírle y se apartó de él airada:

—No me convences. Todo ha terminado entre nosotros. ¡Adiós, hombre!

Manolo se encogió de hombros, indiferente, distraído, y no siguió su airada salida, antes bien respondió como en sueños:

¡Adiós, mujer!

Manolo contempló distraído el ir y el venir de la gente ante la caseta y en dirección opuesta a la tomada por Trini. De repente sintió vibrar sus nervios, su atención se concentró y sus ojos adquirieron fijera, mientras que su rostro se ensombrecía.

Era, ni más ni menos, don Salvadorito el causante de su transformación. Con sigilo, procurando pasar inadvertido a

los que cruzaban frente a la caseta, le hizo una seña disimulada, pero que innegablemente le invitaba a salir. Manolo titubeó un momento, arrugando el entrecejo y de súbito se determinó, acercándose a don Salvadorito.

Momentos más tarde, los dos rivales estaban en el ángulo más disimulado de un cafetín, con una mesa entre los dos. Ambos se estudiaban; Manolo comprendió, por la sangre que afluyó a las venas de sus sienes, que de un segundo a otro iba a cometer un disparate irreparable, que coronaría la ruina de todas sus casi olvidadas ambiciones. Era superior a sus fuerzas permanecer tranquilo en presencia de su rival...

Pero el cafetín, que leía en aquellos momentos lo que ocurría en la mente del joven, con la clarividencia prestada por el dolor y la gloria del sacrificio que se impuso realizar, como en un libro abierto, golpeó con la mano en la mesa y, con voz que se esforzaba en serenar, le recomendó, mirándole al fondo de los ojos:

—No te alteres, hombre. Ya sabes que

yo no soy valiente, como tú, pero me gusta arte cantar.

Aunque en el acento de don Salvadorito no hubiera ningún desatío, su alusión a la humillación sufrida por obra y gracia de sus artes, medio incorporó a Manolo de su asiento.

—¿Fue una traición!

Levantó los hombros el casero, como si queriendo discutir, y le obligó a sentarse con un gesto. En cuanto fué aceptada su indicación y Manolo se dominó un poco, se inclinó hacia él y siguió hablando:

—Lídmale como quieras. Y al asunto, que aguarda, quien vale más que nosotros dos. ¿Tú sabes, buen mozo, lo que es querer a una mujer?

Su interlocutor abrió los ojos de par en par, desorientado por la inesperada curiosidad de don Salvadorito, desazonado por lo que estimó acusación a su proceder anterior. Y no da muy buen humor preguntó, inclinándose a su vez:

—¿A qué viene esa pregunta?

Don Salvadorito pasó por alto su inatención, puesto que, con un plan definido en el cerebro, no quería entrar en disquisiciones que únicamente servirían para dilatar la resolución del problema que le acorrajaba.

—¡Contesta, mira que te lo pregunta un hombre decidido a todo! ¡Contesta por la Virgen de la Esperanza!

Manolo, más impresionado de lo que quería confesar por la última parte de la invocación, ya que no por la primera, se agitó molesto en su asiento antes de refundar:

—Cada uno entiende el amor a su manera.

Casi lanzó el casero un buldo de desprecio al oír esta frase. Pero logró no hacerlo para no echarlo toda a rodar y,

con el tono de quien ve llegado el instante de explicar lo que ha animado su entera existencia, protestó enardecido, haciendo levantar, sorprendido, la cabeza a Manolo:

—No hay más que una manera. Veo que no lo sabes y te lo voy a decir: querer a una mujer es respetarla y sufrir todos los tormentos del mundo por evitarle a ella un dolor. Querer a una mujer es sentirse cobarde y, de pronto, por una mirada tuya, notar que le nazca a uno alientos de gigante; querer a una mujer, es ser capaz de renunciar a su cariño, si ella te lo pide llorando. ¿Quieres tú así a Macarena?

De nuevo, Manolo tuvo la impresión de ser un niño que recibe una profunda lección de un experimentado en la vida y se quedó sin poder balbucir, hasta que hubo digerido su asombro. Pero, así que se hubo repuesto de él, la fiera que rugía en su interior desde que Macarena le había perdonado, cortando para siempre toda posibilidad de conquistarla, pues imaginaba que la mujer que perdona es por lástima y no por amor, ensesó sus garras, induciéndole a acometer a zarrazos a cuanto le rodeaba y acabar con todo, empezando por sí mismo.

¿Qué quería aquel vejete hablándole del amor como un maestro, cuando toda su existencia había sido un estéril correr tras las mujeres que pasaban indiferentes a su lado? ¿Y con qué derecho se había puesto en su camino para sembrar la discordia? Y más aun, ¿por qué no le daba la posibilidad de olvidar y se presentaba ante él, insultándole con su felicidad, queriendo darle lecciones de lo que...?

Schítamente le vió todo rojo y un frenesí de matar se apoderó de él:

—La quiero más todavía—gritó—. La

quiera hasta matarla antes que sedérsela a nadie. ¿Me oye usted? ¿Pues bastante hemos hablado!

Don Salvadorito sintió renacer la piedad en su alma y se levantó calmosamente, asegurando:

— ¡Entonces, sobre uno de los dos... y yo sé quién es! ¡Sígueme!

La tristeza de esta última orden alarmó a Manolo, que veía en su fatal disposición de ánimo un peligro mucho mayor que los corridos aquella tarde:

— ¿Pero está usted loco?

— ¡Claro. ¿No ves que la quiero como tú no sospechas siquiera? ¡Anda, sígueme!

— ¡Don Salvadorito, que yo no quiero matarla!

— ¡Ojalá! — fue la enigmática respuesta. — ¡Vamos, levántate!

Manolo empezó a acobardarse y buscó en su pensamiento algo que detuviera el irreparable mal que iban a hacer los dos. Nunca le pareció más simpático su rival que en aquel momento, cuando brotaba en él un hombre de verdad, limpio de coxuzón, noble de alma. Propuso:

— ¿Que ella elija?

— ¡Ha elegido ya! — le asió del brazo. — ¡Sígueme, desgraciado! ¿No ves que ella te espera, precisamente porque la quieres menos que yo?

Trahejosamente se fraguó en la mente de Manolo un sendero la noticia maravillosa que don Salvadorito le comunicaba y el hecho, más estupendo aún, de que aquel hombre renunciaba a ella, puesto que, como él decía, amándola más no la quería hacer sufrir inútilmente, ni aguardando a aclarar aquel caso en una conversación de varios segundos, porque ella representaría un nuevo martirio para Macarena.

Todavía estaba ésta en el puente del Guadalupe, escoltada por don Gilito, y, al verlos llegar a ambos, en perfecto estado físico, se mostró vivamente sorprendida, mientras que las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin que se enterase de ello. Don Salvadorito empujó a Manolo en su dirección, exclamando ásperezamente cariñoso:

— ¡Aquí lo tienes, mujer, no lores. Vále más que yo... Me ha convencido... Y sabe qué es... como yo no he soñado nunca. — Se volvió y llamó: — ¡Don Gilito!

El maestro se acercó a él en una actitud discreta, mientras los enamorados, con el egoísmo inconsciente de los que son felices, se contemplaban atrobados, murmurando sus nombres. Por el rostro del casero pasó una ráfaga de indignación y cerró los ojos, crispó los puños, esforzándose en no envidiarlos. Por fin lo logró y desapareció con los niños y el profesor.

El dolor de su sacrificio, a pesar de creerlo vencido, le hizo vagar por la ciudad, sin rumbo fijo, hasta altas horas de la noche, aquella hermosa noche de luna que parecía desear consolarle con su líreal y seductora belleza.

Inconscientemente, llegó a la calle del patio de Macarena y con paso furtivo se acercó a la puerta. Penetró en el patio poderosamente atraído por sus recuerdos y lo cruzó hasta llegar al puesto de flores. Estaba cerrado como la puerta del amor para él. Por un momento imaginó que los vecinos le hablaban, celebrando la hermosura de Macarena y su inmediata conquista.

Don Salvadorito sonrió melancólicamente, pero unos pasos que sonaban en la calle, acompañados de una risa, la risa cristalina de Macarena, le acucia-

run a disimularse en la sombra, desde donde vió pasar sin prim, felices y taranando el «Himen de los Macareños», a Macarena y a Manolo. Detrás de ellos, fueron apareciendo, como una comitiva nupcial, las vecinas.

Don Salvadurito, creyendo morir de celos, salió de la sombra con intención de huir... ¿A dónde? ¿Quién sabe? Huir

como el fugaz rayo de luna que bañaba su rostro y que hacía titilar como dos estrellas sus lágrimas calladas. Una nueva sonrisa y una nueva mirada hacia el coctedior. Pero sus hombros no se irguieron cuando les obligó a ello; se rebelaron como su corazón de silenciar su tormento, cuando, encaminándose hacia la calle, oyó la copla, resumen de su tragedia:

*Olvida tus desengaños
y perdónala, que es buena.
Ella no puede ser mala,
llamándose Macarena.*

FIN

En prensa:

**EL HIJO DE LA FURIA
LA TIA DE CARLOS
SENDAS SINIESTRAS
TEXAS**

Nueva colección de gran éxito:

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. EL SIGNO DEL ZORRO, por Tyrone Power.
2. EL LIBRO DE LA SELVA, por Sabá.
3. ¡QUE VERDE ERA MI VALLE! por Walter Pidgeon.
4. EL HIJO DE MONTECRISTO, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. EL CAPITAN CAUTELA, por Victor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. ESTUDIANTES EN OXFORD, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. CUMBRES BORRASCOSAS, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. LA JUNGLA EN ARMAS, por Gary Cooper y David Niven.
9. EL LADRON DE BAGDAD, por Sabá.
10. MARINOS A LA FUERZA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. ESMERALDA, LA ZINGARA, por Charles Langton y Maureen O'Hara.
12. TARZAN Y LA DIOSA, por Herman Brix.
13. LA QUIMERA DEL ORO, por Charlot.
14. HACE UN MILLON DE AÑOS, por V. Mature, Carole Landis, Lon Chaney, Jr.
15. EL ALEGRE BANDOLERO, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Carrillo.
16. TEXAS, por William Holden, Claire Trevor.

¡Inmejorable presentación!

¡¡Numerosas fotografías!!

PRECIO:

1. Pta.

TITULOS EN EXISTENCIA:

SERIE "TRIUNFO"

Marías de Nueva York, por Jackie Cooper y Martha Sullivan.
Amor universal, por Lillian Harvey y Linda Juvet.
El molinero y la dama, por Rosita Moreno.
Seducción, por Warner Baxter y Wallace Berry.
Cuando me siento sola, *Noche de arena* y *Cinco revoluciones* (Berit Tido).
El secreto de Chan, *Charlie Chan en la pista*, *Charlie Chan en la Opera* (Berit Tido).
Master Wang en el Harina China, por Berit Karlott.

PRECIO: 200 PTAS.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El populista, por Philip y Lucien Barmat.
Carcer de odio, por Marie Bel, Harry Dean y Selma.
Doctor incursu, por George Sanders y M. MacQuire.
Caravana de arte, por Jane Withers.
La casa sin fin, por Victor Francen y Marcello Chama.
Supremo desdicho, Edwige Feuillère.
No sombra en las periódicos, por Margaret Lockwood, Barry Harries.
Adorable intrusa, por Judy Canova.
Que sea nuestro amor, por Annabella y Henry Fonda.
Una entre un millón, por Sonia Henie y Don Ameche.
Canencia de gloria, por Libertad Lamarque.
El subalterno del artista, por Gino Cervi y Luisa Verità.
La ley sagrada, por Michelina Pitalce y Marcello Chama.
Vuelta al amor, por Clive Brook y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
Por otro queso, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Alicia Vally y Fosco Giachetti.
Melodías eternas, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.
Historia de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arieta.
Leda, por Marie Oberon.
Chicago, por Tyrone Power y Allan Fagg.
Resaca la justicia, por Emma Gramatica y Leo Pola.
El joven Edison, por Mickey Rooney.
Argel, por Charles Boyer y Hedy Lamarr.
El explorador perdido, por Spencer Tracy.
Mi marido está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Sólo se vive una vez, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.
El hazo sagrado, por Cecilia Lombard y James Stewart.
El orgullo de los yanquis, por Gary Cooper.
El castigo de los misántropos, por Berit Karlott.
Bela Lugosi y Peter Lorre.
Noche de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Ministerio las Novias, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
Ella y su secretaría, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.
Una gran confusión, por Barbara Stanwyck y Joel MacCrea.

El rey de los mares, por Franchot Tone.
Esposa, doctor y enfermera, por Lorena Young.
Warner Baxter y Virginia Bruce.
Suez, por Tyrone Power, Lorena Young y Annabella.
El signo del zorro, por Tyrone Power.
Tu serás mi marido, por Sonja Henie y John Payne.
Siempre Eva, por Leslie Howard.
El club de Andalucía, por Angelillo.
El hijo de Montezuma, por Louis Hayward Juan Bautista y George Sanders.
¿Qué vendrá con mi veloz, por Walter Pidgeon, etc.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
La jungla en armas, por Gary Cooper.

PRECIO: 200 PTAS.

SERIE "PRODUCCION ESPAÑOLA"

La hermana San Sulpicio, por Imperio Argentina.
La vida de Juan Simón, por Angelillo, Pilar Muñoz y Carmen Amaya.
La Dársena, por Conchita Piquer.
Santa Rita, por Rafael Nivella, Juan de Landa y Mimi Mella.
El 17.000, por Joaquin Herrán y Rafael Durán.
Película a bordo, por Lina Yegras.
Excursión, por Alfredo Mayo.
Alma de Dios, por Amparito Rivellin.
Se hierman y él, por Antonio Vico y Enrique Guitart.
Torres, por Imperio Argentina.
Sacacore, por Alfredo Mayo.
Pimentillo, por Joaquin Herrán y Rafael Durán.
La Jovenita de la Dársena, por Carmen Gracia y Luis Peña.
Una patata de mujer, por Lina Yegras y F. Ferrández de Córdoba.
Los millones de Pelicón, por Marta Santalla.
El Manuel Luna y Luis Peña.
Twinklins, por Estrellita Castro.
Su Excmo. el Marqués, por Marta José Simó, Luis Prados y Michel.
Legión de Honor, por Emilio Sandoval, Matilde Nacher y Novita Alba.
Forma te vi besar, por Pastora Peña y Luis Peña.
Flore y Mariana, por Blanca de Elío y Pastora Peña.
de locos, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.
Se ha perdido un cadáver, por Roberto Fum.
La niña está loca, por Joaquin Herrán y Manuel Merlo.
Mi vida en tus manos, por Isabel de Pineda y Jolia Peña.
Definitivamente teases, por Amparito Rivellin y Alfredo Mayo.
Un rebelde famoso, por Amparito Rivellin y Alfredo Mayo.
Cámpes, por Lucky Barr y Carlos Muñoz.
El hombre de los amuletos, por Fco. de Anbrado.
Arribada toreros, por Alfredo Mayo y Sylvia Mogas.
El camino del amor, por Alicia Romay y Joaquin Quintana.
Con los ojos del amor, por Matilde Yáñez, F. Ferrández de Córdoba y Manuel Luna.

Títulos varios en existencia

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanas, Cubanas. «Yelas», «La Cienfuegos del Polonox».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Cancionero Tropical, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispania, Armónico y Música Moderna. 8 fotografías.

Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

Cancionero de actualidad, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «Si Fausto fuera Faustina», «Rumbo a piques», «Una rubia peligrosa», «Luces de Viena». Con 22 fotografías.

Cancionero «Penas y Alegrias», La creación máxima de Juanito Valderrama.

Cancionero de los Triunfos Regionales, Los éxitos del día.

Cancionero Jivari, (Repertorio Andy-Lago).

Cancionero González Marín, Sus triunfos con chistes.

Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Roberto Fari, Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los extras en los estudios; alegrías y sinsabores de los extras; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Reflexos de humor, por Fidelio Trimalción, 5'00 ptas. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Recetas de Prensa, por Antonio Lozada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Cadenosa y Francisco-María Huetano.

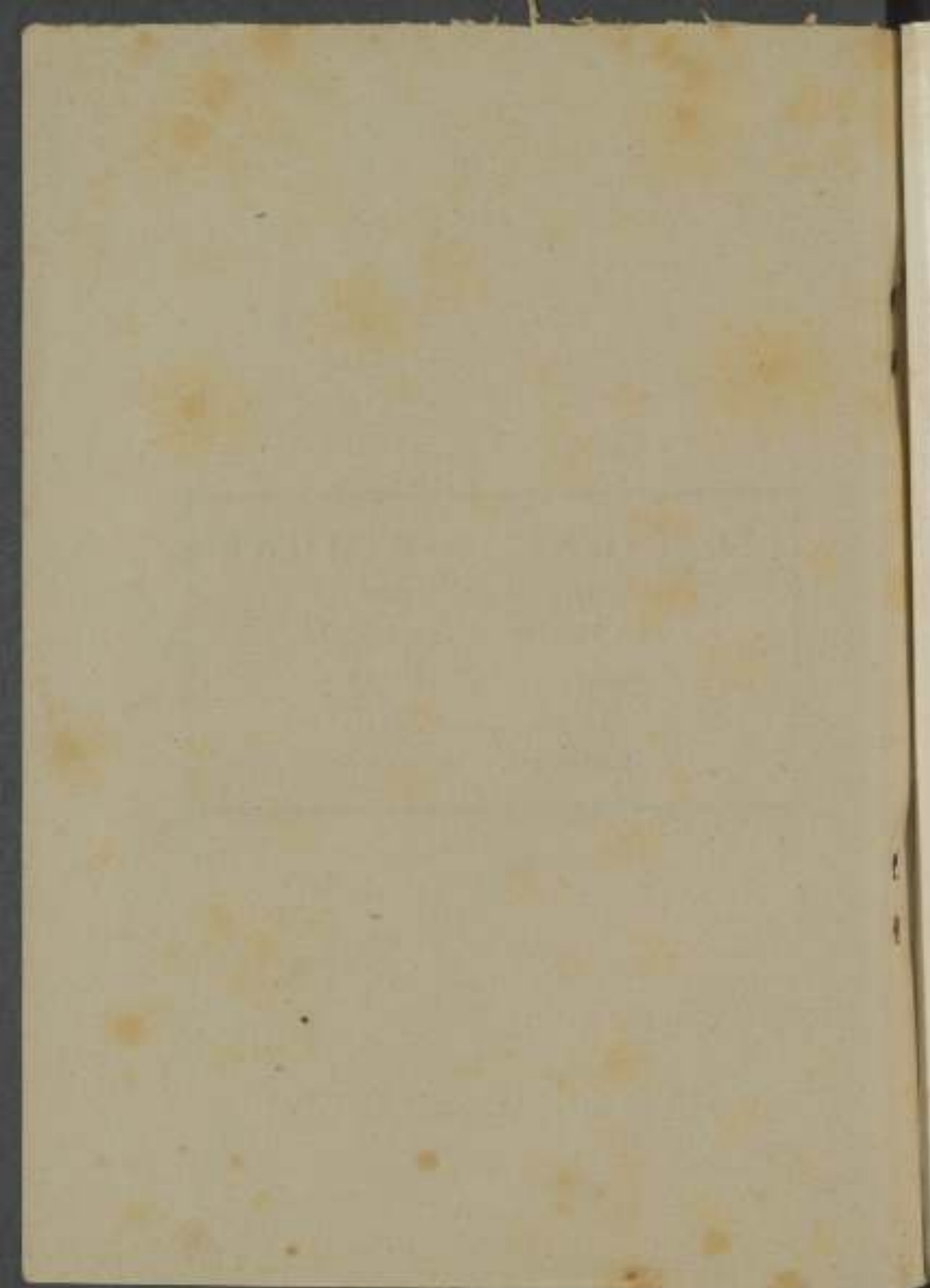
Precio: 2'54 ptas.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona





E. B.